UNESCO

Una ventana abierta al mundo

El Correo

Diciembre (año XXIII) - España: 18 pesetas - México: 3 pesos

No hay que destruir
CARTAGO





Foto © Roger Viollet — Museo del Palacio Nacional, Taipei

La gruta de los músicos

La pintura a la que pertenece este detalle procede de una de las 469 capillas budistas subterráneas de Tun-huang, en el desierto chino de Gobi (Asia central). La composición data de las siglos VII al VIII (dinastía Tang) y representa a un grupo de músicos celestiales. Las pinturas de Tun-huang correspondientes a ese periodo producen una impresión de gran fuerza y vitalidad. Las pinceladas de estos murales parecen animadas por una vigorosa vida interior. El conjunto de las capillas subterráneas de Tun-huang, que se crearon en el siglo IV de nuestra era y que en alguna ocasión llegaron a ser más de mil, se convirtió en un centro de la enseñanza budista y en un foco de 1500 años de pintura china. La obra que aquí reproducimos parcialmente se halla actualmente en el Museo del Palacio Nacional, en Taipei (República de China).

TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

50 *China*

30 NOVE 1970

El Correo

DICIEMBRE 1970
AÑO XXIII

PUBLICADO EN 13 EDICIONES

Española
Inglesa
Francesa
Rusa
Alemana
Arabe
Japonesa
Norteamericana
Italiana
Hindi
Tamul
Hebrea
Persa

Publicación mensual de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, París-7e.

Tarifa de suscripción anual: 12 francos. Bienal: 22 francos.
Número suelto: 1,20 francos; España: 18 pesetas; México: 3 pesos.

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera: "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, estas serán facilitadas por la Redacción siempre que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de la Redacción de la revista.

★

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, París-7e

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción
Lucio Attinelli

Redactores Principales
Español: Francisco Fernández-Santos
Francés: Jane Albert Hesse
Inglés: Ronald Fenton
Ruso: Georgi Stetsenko
Alemán: Hans Rieben (Berna)
Arabe: Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés: Takao Uchida (Tokio)
Italiano: Maria Remiddi (Roma)
Hindi: Kartar Singh Duggal (Delhi)
Tamul: T.P. Meenakshi Sundaran (Madrás)
Hebreo: Alexander Peli (Jerusalén)
Persa: Fereydun Ardalán (Teherán)

Redactores
Inglés: Howard Brabyn
Francés: Nino Frank

Ilustración y documentación: Olga Rödel

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

N° 12 - 1970 .C 70.1-261 E

Páginas

4 NO HAY QUE DESTRUIR CARTAGO
por Jellal El Kafi

9 GRANDEZA Y DECADENCIA DEL MUNDO CARTAGINES
por Hedi Slim

14 AVENTURAS DE HANNON EL NAVEGANTE

17 OCHO SIGLOS DE CIVILIZACION PUNICA
por Gilbert-Charles Picard

21 PAGINAS EN COLOR

29 CARTAGO VISTA POR LOS GRIEGOS Y POR LOS ROMANOS
por Mhamed Fantar

34 TUNEZ, JOYA DEL ISLAM
por Georges Fradier

45 JEAN PERRIN
Adelantado de la física moderna
por Pierre Auger

46 LATITUDES Y LONGITUDES

2 TESOROS DEL ARTE MUNDIAL
La gruta de los músicos (China)



Nuestra portada

Por sí sola, esta joya del arte púnico —una simple asa de aguamanil del siglo V o VI antes de nuestra era— muestra paladinamente el alto nivel de civilización alcanzado por Cartago. En este número, «El Correo de la Unesco» examina y analiza algunos aspectos históricos, culturales y artísticos de la Cartago púnica y romana. Junto al ilustre solar de la metrópoli cartaginesa fue surgiendo a lo largo de los siglos una nueva metrópoli, Túnez, obra de la civilización y el arte musulmanes.

Museo del Bardo, Túnez
Foto Luc Joubert © Archéologie Vivante, París

UNESCO ARCHIVES

Aunque a lo largo de los siglos ha recibido múltiples interpretaciones, nada simboliza mejor a Cartago que el «signo de Tanit». Primitivamente era un trapecio coronado por una línea horizontal y un círculo. Posteriormente el trapecio se convirtió en un simple triángulo isósceles. A la derecha puede verse una variante de este signo. Tanit era una diosa compañera de Ba'al Hammon, divinidad principal de la antigua Cartago. Simbolizaba la fertilidad y era la protectora de los muertos. A veces se la representaba también con un obelisco en miniatura, como el de la foto del centro (siglo IV a. de J.C.). Los senos, símbolos de la fertilidad, coronan los emblemas lunar y solar. En la página 40 pueden verse otros motivos inspirados en la diosa Tanit. A la derecha, una máscara de tarracota con «nezem» (aro de nariz) utilizada en las ceremonias religiosas (siglo VI-VII a. de J.C.). Las pupilas y las pestañas se pintaban de negro y el rostro de rojo vivo. En la antigua Cartago tanto los hombres como las mujeres llevaban aros de nariz. En las ceremonias religiosas, los bailarines solían ponerse otras máscaras de aspecto demoniaco y gesticulante, como la que nos muestra la foto en color de la página 24.



Foto Georges Viollon © Rapho, Paris

NO HAY QUE DESTRUIR CARTAGO

por Jellal El Kafi

No lejos de Túnez, junto al mar, el ilustre solar de la antigua Cartago se ve hoy amenazado de que le sumerjan completamente las olas de hormigón de la marea urbana. Diríase que, más de 2000 años después de que el ejército romano destruyera la capital púnica, la expansión urbana moderna va a hacer suyo el famoso apóstrofo del tribuno romano Catón: «Delenda est Carthago» (Hay que destruir Cartago). Para evitar que ésta desaparezca definitivamente y para proteger a la medina de Túnez contra el asalto de la ciudad moderna, la Unesco y las autoridades tunecinas han emprendido un proyecto de salvamento de la zona Túnez-Cartago. Al pasado ilustre de la ciudad púnica y al patrimonio cultural y arquitectónico de la medina tunecina dedicamos este número de «El Correo de la Unesco».

JELLAL EL KAFI, *urbanista tunecino, es codirector del Proyecto Túnez-Cartago, cuyo fin es realzar el valor del patrimonio monumental de esta zona con vistas al desarrollo económico. Es asimismo director de la Asociación para el Salvamento de la Medina de Túnez y ha escrito numerosos artículos y estudios en torno a los problemas que plantea la protección de ésta.*



Fotos Luc Joubert © Archéologie Vivante, Paris

CARTAGO... Aquí es donde vivimos y aquí estamos viendo desarrollarse un proceso que puede conducir a la muerte de una ciudad, de un lugar histórico, de algo que un día podría no ser ya más que un recuerdo... Pero el caso de Cartago no es único, sino que se repite en decenas de otras ciudades, en decenas de otros lugares históricos que, en el mundo entero, están pidiendo que no se les deje morir.

Curiosidades naturales y paisajes, ciudades antiguas e históricas, yacimientos arqueológicos: todos estos bienes preciosos se encuentran amenazados de desaparición por el crecimiento avasallador de los nuevos asentamientos humanos.

Todos nosotros hemos podido advertir este fenómeno de orden muy general: unos mediante un análisis objetivo y científico, otros porque una mañana encontramos un aparcamiento donde antes estaban los árboles de la plaza...

La prensa se hace eco constantemente de esta violencia ejercida contra el medio en que vivimos, el cual sufre degradaciones continuas y alteraciones definitivas que en todos los testigos, hombres de ciencia o simples paseantes, producen la impresión dolorosa de una pérdida, más que lamentable, desgarradora.

Y sin embargo, ante la amplitud y la frecuencia con que se desnaturalizan los paisajes, ante la pulverización de los vestigios históricos y arqueológicos, la opinión se resigna y opta por admitir esos procesos de degradación que provoca el crecimiento urbano. De esta manera, al amparo del fatalismo de una cierta modernidad, se entregan zonas arqueológicas a los intereses particulares de una urbanización parcelaria o de una construcción hotelera anárquica. Los testimonios de estragos irreparables no faltan, mientras que la opinión impotente y desalentada parece admitir la violencia de un proceso que conduce a mutilar nuestro conocimiento de la humanidad y a modificar radicalmente el substrato natural del hombre.

Uno puede preguntarse a donde va la naturaleza y cual es el destino de esos vestigios del pasado, porque sin aquélla no podemos vivir, y éstos son algo más que simples ruinas, son el testimonio mismo de una historia hecha por los hombres y que les pertenece.

Así, Cartago, como ciudad y como solar arqueológico, no es hoy más que un conjunto de ruinas dispersas, a punto de desaparecer, y un paisaje perturbado por volúmenes arquitectónicos agresivos. Cartago se contempla todavía en sus puertos púnicos pero las generaciones futuras corren el riesgo de no encontrar ya rastro de la ciudad cartaginesa ni de la romana, que quedarán sepultadas bajo una moderna estructura urbana.

Recordemos el caso de Abú Simbel amenazado por las aguas. El Director General de la Unesco lanzó en tal ocasión un grito de alarma, considerando «inconcebible que los hombres de hoy no se empeñen en conservar, para sí mismos y para las generaciones futuras, la herencia que les han transmitido sus antepasados.»

¿Qué haremos pues por Cartago, este patrimonio de la humanidad cuya importancia tanto para la historia de Túnez como para el conocimiento del mundo mediterráneo es superfluo recordar aquí? ¿Qué hacer para salvar a Cartago?

Esta es la pregunta a la que, en el marco del proyecto Túnez-Cartago, las autoridades tunecinas y la Unesco se esfuerzan por hallar respuesta realizando un análisis científico del proceso de degradación, análisis que permitirá determinar concretamente una acción protectora.

SIGUE A LA VUELTA

La marea de hormigón amenaza con sumergir un solar ilustre

Por lo demás, trátese de Venecia o de la Medina de Túnez, de Cartago o de Abú Simbel, el fondo del problema es el mismo y los métodos de protección y conservación no varían sino en función de los medios de que se dispone. En efecto, parece que la alteración del medio natural es casi siempre un subproducto del crecimiento rápido no acompañado de una política de urbanización coherente concebida y aplicada bajo la responsabilidad del Estado y de las colectividades locales.

Entre los problemas que se plantean invariablemente, cualquiera que sea el solar arqueológico o histórico necesitado de protección, pueden citarse el crecimiento demográfico que da lugar a una rápida urbanización, la utilización desordenada del suelo por la gran industria y el desarrollo irresistible de la red de carreteras. Hay problemas más específicos, relacionados con la acción de los elementos o con el transcurso del tiempo; por ejemplo, el envejecimiento de la piedra o las enfermedades de la madera. Pero la piedra resiste mejor a la vejez que a la falta de una política de ordenación del terreno o, lo que es peor, a la existencia de legislaciones estériles que condenan en bloque toda evolución, buena o mala.

Cartago es en este sentido un ejemplo característico.

El examen de las fotografías de principios de siglo muestra los puertos púnicos, en medio de la naturaleza, rodeados por espacios protectores de tierras estériles.

En la actualidad, una floración de casas individuales y de vías desordenadas envuelve las dos dársenas, que a cualquier promotor hotelero al uso le encantaría poder utilizar para sus construcciones turísticas.

Rechazar a priori una operación turística sería absurdo. Pero resultaría lamentable que el destino final del notable conjunto que forman los puertos púnicos fuera el de acoger un restaurante y unos cuantos «bungalows», sobre todo cuando se sabe que, por falta de medios, no ha podido realizarse enteramente la exploración arqueológica de un solar en el que unos hombres dejaron, varios milenios antes que nosotros, una huella extraordinaria.

Este rastro de civilización no puede despacharse con una simple evocación literaria. Por el contrario, merece ser examinado científicamente y, sobre todo, protegido, para que las generaciones futuras tengan la posibilidad de emprender la investigación.

Se trata, pues, de definir un programa coherente de investigación arqueológica apoyado en unos instrumentos jurídicos y en un presupuesto adecuado.

Llegado el momento de definir los



Foto © Archéologie Vivante, Paris



Foto © André Martin, Paris



A la derecha, vestigios grandiosos de la Cartago romana. Las columnas, bajorrelieves y muros truncados son los restos de una villa suntuosa construida a comienzos del siglo III después de J.C. en la colonia que Roma fundara después de destruir Cartago en 146 antes de J.C.

Foto © Roger Viollet, Paris

medios de la investigación, nos encontramos frente a una gran dificultad. En efecto, los medios aislados, sin el rigor de un método de investigación colectiva, han conducido con demasiada frecuencia a un trabajo de aficionados y a un individualismo lamentable. Pues bien, un solar protegido por la tierra, en espera de días mejores, es preferible a un solar entregado sin control a la autopsia arqueológica.

Para citar un ejemplo, diremos que las ciudades púnica y romana han sido fuente importante de objetos. Pero, si algunos de estos objetos están en lugar seguro, aunque dispersos, en museos del país, de Europa o de otros continentes, otros se hallan en manos de anticuarios o, peor aún, de comerciantes anónimos, a cuyas tiendas los turistas, guiados por no se sabe qué sentido de la orientación, van a buscarlos. El objeto arqueológico ha adquirido de este modo un valor mercantil en detrimento de su interés histórico o etnográfico.

Así, en esta costa tunecina, la estela púnica, el lacrimatorio y el plato romano se venden y se revenden con una facilidad desconcertante.

Grandes constructores navales, los cartagineses se distinguieron también como ingenieros portuarios. En Cartago construyeron dos puertos. El puerto militar conserva todavía su primitiva forma circular (foto de la izquierda). En él podían amarrar hasta 220 barcos. Un estrecho canal le unía al puerto comercial exterior. Desde la isla del centro, el Almirantazgo cartaginés transmitía sus órdenes a los barcos. En la parte superior derecha de la foto se ve el Lago de Túnez, separado del mar por un largo rompeolas. La foto aérea del extremo izquierda muestra toda la zona de Cartago cubierta casi completamente por edificios modernos.

Es el fracaso de un método arqueológico caduco, que se parece extrañamente a la febril búsqueda del tesoro oculto, se orienta esencialmente hacia el descubrimiento del objeto y se muestra totalmente indiferente al fenómeno urbano antiguo.

Así, despojada de sus riquezas, abandonada, Cartago soporta mal la presión de la urbanización: el conflicto de la zona arqueológica con el espacio urbano contemporáneo es evidente. No pasa un mes sin que una nueva construcción hunda sus cimientos en un lugar reputado, indispensable para el conocimiento de la ciudad antigua.

Entre 1930 y 1935, el perímetro del municipio de Túnez empezó a resultar demasiado estrecho. Fue aquel el punto de partida de la expansión urbana por el litoral; desde ese mismo momento comenzó la invasión de Cartago, cubierta actualmente por una proliferación de pequeñas viviendas individuales.

Es evidente que, por encima de los problemas arqueológicos, están los problemas de urbanización, que unos y otros están estrechamente ligados y que, para poder realizar correctamente el proyecto Túnez-Cartago, hay que estudiar primeramente el proceso de degradación y, después, jerarquizar las intervenciones.

Caso que sea imposible llevar a cabo una ordenación de la zona urbana de Túnez, la tendencia actual a la utilización de los espacios arqueológicos, históricos y naturales terminará provocando la destrucción total del solar arqueológico. Cartago, la Medina de Túnez, el lugar pintoresco de Sidi Bu Said, el paisaje de colinas, de dunas y de olivares de la costa quedarán gravemente mutilados por la presión demográfica y por el fenómeno urbano que es su consecuencia.

Las cifras de población calculadas para 1985 (entre 1 600 000 y 2 000 000 de habitantes) suponen por lo menos la duplicación del número actual de habitantes de Túnez.

Este hecho demográfico, que no necesita comentarios, implica una urbanización sin carácter del litoral en cuyo interior la zona arqueológica constituiría sólo un espacio residual desprovisto de significación.

Por otra parte, las consecuencias que la desaparición del espacio arqueológico tendría sobre el fenómeno urbano tunecino serían deplorables: la ciudad sufriría una agravación peligrosa de su centralización, al mismo tiempo que se multiplicarían los núcleos periféricos desperdigados por el territorio. La agotadora migración cotidiana propia de las grandes urbes marcaría el modo de vida.

En cambio, un espacio arqueológico o paisajístico desempeña una función primordial en la armonía de la vida urbana y en el equilibrio del medio circundante. Los urbanistas han denunciado suficientemente el gigantismo y la monotonía de las interminables urbanizaciones de hormigón para que también nosotros hayamos de repetir tal experiencia: la aglomeración tunecina merece que esos espacios, que prolongan en nuestra vida cotidiana la historia y la naturaleza, sean preservados e integrados armoniosamente.

Esta integración del espacio arqueológico en el espacio urbano contemporáneo podría parecer una operación secundaria cuando otros objetivos de desarrollo económico merecen atención preferente. Sin embargo, sabemos que el empeño en dar su debido valor a ese espacio no se justifica únicamente por las necesidades del conocimiento, sino también por las exigencias del desarrollo, ya que realzar el valor arqueológico de un lugar constituye un imperativo del turismo.

En cambio, el abandono del solar de Cartago constituiría una acción anti-

SIGUE A LA VUELTA



Las primeras monedas se acuñaron en Cartago a principios del siglo IV a. de J.C., época en que se construyó una casa de moneda en la colina de Byrsa. A la izquierda, un caballo de guerra, emblema marcial de Cartago, en una moneda del siglo III antes de J.C. Encima del caballo aparece un disco solar con dos representaciones estilizadas del áspid sagrado.

Las grandes tradiciones marítimas de Cartago se reflejan en este fragmento de mosaico (foto de la derecha) que decoraba una cisterna de una villa romana del siglo III, no lejos de Túnez. Mientras dos pescadores echan sus redes, un tercer pescador lanza su arpón contra un pulpo. Este mosaico y la moneda de la izquierda se conservan en el Museo del Bardo, de Túnez.

Foto © Pietro Mele, París

NO HAY QUE DESTRUIR CARTAGO *(cont.)*

económica en la medida en que el visitante, fuente de divisas para la economía nacional, quedaría decepcionado.

Así pues, con arreglo a esta perspectiva de ordenación integrada, el proyecto Túnez-Cartago propone un esquema de organización de la aglomeración tunecina teniendo en cuenta:

1 - Las zonas arqueológica (Cartago) e histórica (la Medina) que deben protegerse;
2 - El necesario desarrollo hotelero con miras a un turismo cultural;
3 - La presión demográfica y el irreversible proceso de urbanización rápida.

Por lo demás, si se admite la tendencia a la saturación del área de aquí a 1985, es preferible proponer un desarrollo de unidades urbanas, estructuradas y jerarquizadas, en las que queden incluidas las zonas arqueológicas y los espacios naturales a la vez como motivación de un desarrollo económico y como espacio de equilibrio.

Según las previsiones del proyecto Túnez-Cartago, el equilibrio demográfico se establecería de la siguiente manera en 1985: Túnez: 1.300.000 habitantes; Costa Norte : 220.000 habitantes ; Costa Sur: 170.000 habitantes. O sea, una capacidad de 1.690.000 habitantes en 1985.

En la unidad urbana «Túnez», la Medina recobra, tras una política de reanimación, su papel de centro, desapareciendo la oposicion entre «ciudad colonial» y «ciudad árabe». Queda entendido que se interrumpirá y quedará superado el fenómeno preponderante de «chabolización» o proliferación de tugurios.

En la unidad urbana «Costa Norte», una vez realzado el valor de la zona arqueológica, controlado y organizado el crecimiento urbano, el turismo cultural podrá llegar a constituir fácilmente un incentivo económico en la medida en que se realicen globalmente la presentación arqueológica y la evocación histórica de Cartago.

La unidad urbana «Costa Sur», orientada hacia la zona industrial, llega hasta las bellísimas playas del Cabo Bon y sirve de enlace entre Túnez y las vastas zonas turísticas del país.

En relación con éstas, el turismo de la ciudad de Túnez se define por su carácter a la vez urbano y cultural. La ciudad es al mismo tiempo el marco y la materia cultural que se ofrece al visitante.

La cultura es un objeto de consumo y, por lo tanto, una materia prima económica que justifica la realización de inversiones para darle todo su valor. La rentabilidad es al mismo tiempo directa, en el marco de una economía turística en sentido estricto, e indirecta, por sus repercusiones sobre el desarrollo de la zona urbana.

Si el acondicionamiento del patrimonio monumental de Túnez-Cartago tiene como finalidad el desarrollo económico, sólo este enfoque permite resolver el problema arqueológico: salvar a Cartago, proseguir los trabajos para profundizar nuestro conocimiento de las ciudades púnica y romana.

En lo inmediato, el espacio arqueológico puede ser ya objeto de medidas de protección que, en espera de que se profundice en las investigaciones, definirían las zonas temporal o definitivamente prohibidas a la edificación, así como las zonas «sensibles». En cuanto lo permitan los medios, un plan general de investigaciones sistemáticas orientadas hacia los diferentes periodos de la historia de la ciudad permitirá zanjar el conflicto entre la zona arqueológica y la zona urbana, quedando entendido que todos los espacios que los arqueólogos consideraran sin interés podrían ser entregados a la construcción.

Este breve estudio traduce el esfuerzo de un equipo pluridisciplinario en cuyo seno varios expertos internacionales y tunecinos tratan de definir las formas de un proceso clásico de degradación de un solar arqueológico, Cartago, y de una ciudad histórica, la Medina de Túnez.

Sus propuestas de ordenación integrada sólo cristalizarán en la medida en que una campaña internacional permita reunir los recursos necesarios.

La ayuda que la Unesco se dispone a prestar a petición del gobierno de Túnez será decisiva para salvar a Cartago. ■

Grandeza y decadencia del mundo cartaginés

por Hedi Slim



Foto © Roger Viollet, París

LA expansión marítima de Cartago es parte de la gran aventura fenicia en el Mediterráneo occidental y representa seguramente su episodio más glorioso.

Desde el fin del segundo milenio antes de J.C. los fenicios —ya célebres históricamente como inventores del alfabeto y por haber dado a la navegación y al gran comercio el impulso que todo el mundo conoce— se lanzaron a una exploración de las costas norteafricanas que debía conducirles al sur de España, al corazón del reino legendario de Tartessos, emporio de riquezas fabulosas. La ruta que aquellos intrépidos navegantes siguieran quedó pronto marcada por una cadena de factorías.

La primera colonia permanente de los fenicios en Túnez fue Utica, fundada en el año 1101 antes de la era cristiana. Cartago iba a surgir sólo tres siglos después, en el año 814. Su nacimiento regio, las circunstancias de su fundación y el significado de su nombre (ciudad nueva, nueva capital) son otros tantos signos anunciadores del destino excepcional que le aguardaba.

Es verdad que durante largo tiempo Cartago reconoció un cierto derecho de primogenitura a las ciudades de Tiro y de Utica. Pero no tardó en suplantar a ambas, favorecida en esta empresa tanto por su propio desarrollo como por los cataclismos del mundo oriental y fenicio.

Si Tiro consiguió escapar al yugo de los babilonios, fue únicamente para caer bajo el de los persas. Cartago hubo de recoger entonces la sucesión de su infeliz metrópoli.

SIGUE A LA VUELTA

HEDI SLIM, *arqueólogo tunecino, es director adjunto del Instituto Nacional de Arqueología y de Arte de Túnez. Hedi Slim, a cuyo cargo están las investigaciones arqueológicas que se realizan en El Jem, ha escrito numerosos estudios sobre este yacimiento arqueológico tunecino de la antigüedad romana. Además ha publicado, tanto en Túnez como en el extranjero, gran número de artículos sobre Túnez y su civilización. Debe destacarse en particular su obra* La Tunisie, des origines à la conquête romaine *(Société Tunisienne de Diffusion, Túnez, 1969).*

El Mediterráneo, encrucijada de civilizaciones

Cartago dio nuevo impulso a la expansión fenicia en el Mediterráneo occidental. Favorecida por su situación única, en el corazón del mundo mediterráneo, a la par que por el legado que recibiera de Tiro —una tradición marítima y comercial, unida a un vasto imperio de colonias y factorías—, la nueva capital se elevó, paso a paso, al rango de gran potencia, capaz de desempeñar un papel principal en la escena política e incluso de influir en los destinos del mundo.

Organizar el patrimonio inmenso que acababa de heredar fue la primera preocupación de Cartago. Al parecer, no tropezó con especiales dificultades para imponer su hegemonía a las diversas ciudades fenicias que existían ya en Occidente. Todas ellas consintieron en renunciar a una parte de su soberanía a cambio de contar con la protección indispensable de la metrópoli para defenderse de la codicia agresiva de sus muchos rivales mediterráneos.

En una segunda etapa de su expansión, Cartago iba a tratar de ensanchar los horizontes de su imperio. Con la mira puesta en este objetivo empezó por consolidar su posición en Sicilia.

A partir de Motia, los cartagineses progresaron hacia el norte, impusieron su autoridad a las poblaciones autóctonas del Monte Erix, ocuparon los lugares de Segesta, Palermo y Solonta y alcanzaron Himera y Selinonte, en los confines de la Sicilia griega. El general cartaginés Malcus dirigió toda esta campaña.

En el siglo VI Cartago tomó pie en Cerdeña, donde las ciudades de Nora, Tarros y Caralis le sirvieron de cabezas de puente para su penetración en el interior de la isla. Esta conserva todavía no pocos vestigios de la civilización púnica que durante siglos floreció en su suelo.

Hacia la misma época la poderosa Cartago se esforzó en consolidar sus posiciones en el lejano Occidente, añadiendo a las ciudades fenicias de Lixus en Marruecos y Gades (Cádiz) en España una nueva colonia situada en la isla balear de Ibiza.

De este modo, hacia fines del siglo VI antes de J.C. el imperio cartaginés se había extendido ya a todas las colonias fenicias de Africa del Norte, desde Trípoli hasta el Atlántico, y a zonas más o menos extensas de Sicilia, Cerdeña, España y las Baleares.

Gracias a esta expansión, el estado cartaginés llegó a ser el más rico del Mediterráneo occidental. Un tratado de alianza con los etruscos, otra gran potencia de la época, vino a reforzar todavía la posición de Cartago. Y con la entrada en liza de los griegos, enemigo común, se estrecharon aún más los lazos entre ambos aliados.

En efecto, los focenses, que habían fundado Massilia (Marsella) hacia el año 600 antes de J.C. y que tuvieron una rápida ascensión, resultaban tanto más amenazadores por cuanto habían sabido conquistarse la amistad del rey de Tartessos —soberano de las minas de plata— y trataban de establecerse en su país.

Los focenses se habían establecido también en Córcega cuando una poderosa flota púnico-etrusca se encargó de poner freno a su expansión en la batalla naval de Alalia, población de la costa corsa (año 535). Expulsados de Córcega, los griegos lo fueron también de España y quedaron confinados en el golfo de León. A partir de aquel momento la unión de cartagineses y etruscos se vio constantemente confirmada por una serie de tratados comerciales y militares.

El ocaso de la potencia etrusca obligó a los cartagineses a buscar otra alianza, sin duda más eficaz para el porvenir: la de los romanos. Tres tratados, el más antiquo de los cuales data de 509 antes de J.C., habían de ligar a ambas potencias, llamadas más tarde a afrontarse entre sí en lo que fue probablemente el choque más sangriento de la antigüedad.

CARTAGO —el hecho es curioso y digno de mención— desconfió siempre de todas las tentativas de su aliado para penetrar, de un modo u otro, en las zonas de influencia cartaginesa. El primer tratado ofrecía a los romanos posibilidades de comercio en Cerdeña, Sicilia y Africa, pero les prohibía navegar en las zonas reputadas por su fertilidad del centro y el sur de Túnez. El segundo tratado revela un endurecimiento todavía mayor de la posición cartaginesa en cuanto prohibe que los romanos, salvo en caso de fuerza mayor, aborden cualquier lugar de Cerdeña, Africa o el sur de España.

Como vemos, el estado cartaginés desplegaba una actividad militar y diplomática incesante a fin de consolidar sus posiciones y ensanchar los horizontes de su imperio.

La ascensión cartaginesa vino a estrellarse contra el poder de Grecia, llegado a su apogeo en el siglo V. Las fuerzas griegas consiguieron aplastar a las púnicas el año 480, cerca de Himera, en Sicilia. Esta derrota señala una fecha decisiva en la historia de la expansión marítima de Cartago.

El predominio creciente de los griegos en ambas cuencas del Mediterráneo acarreó una serie de cambios en el mundo púnico. El modo de vida de los cartagineses de entonces se caracteriza por una austeridad espartana. La pobreza de las tumbas del siglo V en objetos importados, mobiliario egipcio, cerámicas de Corinto y del Atica ha sorprendido a los arqueólogos.

Por otra parte, el aislamiento de Cartago y el agotamiento de su comercio planteaban problemas diversos de abastecimiento, muchísimo más graves que la escasez de artículos de lujo. Para resolver esos problemas, rehacer sus fuerzas y ponerse en condiciones de resistir a las agresiones eventuales de los griegos, Cartago tomó la resolución de conquistar una especie de «hinterland», que corresponde poco más o menos al territorio actual de Túnez.

Esta conquista, realizada a costa de duros combates con los autóctonos, tuvo el don de transformar a los cartagineses, según la frase de un autor, «de tirios que eran en africanos». Representó además un enriquecimiento para la economía, gracias sobre todo a una producción agrícola muy abundante, y asimismo para el ejército, que desde entonces dispuso de un contingente militar numeroso y de gran calidad guerrera.

La conquista de las tierras interiores representa, en fin, el comienzo de una nueva era para el Túnez antiguo. La influencia benéfica de la civilización púnica se dejó sentir con más fuerza, constituyendo todavía hoy uno de los rasgos fundamentales del patrimonio del país y de su personalidad histórica.

El aprovechamiento del territorio tunecino, la exploración de nuevos mercados en el mundo africano y el establecimiento de relaciones comerciales con los estados de Oriente nacidos de las conquistas de Alejandro, todo ello unido a un esfuerzo

SIGUE EN LA PAG. 13

MASCARAS EN MINIATURA

Esta máscara de pasta de vidrio del siglo III a. de J.C., que hacía de colgante de un collar funerario, mide sólo 2,5 cm de ancho por 3 de alto. Siglo tras siglo, los vidrieros cartagineses fueron adquiriendo una soberana maestría en el arte de miniaturizar estas máscaras multicolores que resultan tan intensamente expresivas y que acompañaban al muerto en su tumba como amuletos para protegerle de los malos espíritus (véanse también las fotos de la página 12).

Museo Nacional del Bardo, Túnez
Fotos Luc Joubert © Archéologie Vivante, París





Una flota de millares de naves

tenaz de regeneración, hicieron que Cartago volviera a levantar el vuelo precisamente cuando, a consecuencia de interminables luchas intestinas, las ciudades griegas entraban en un período de decadencia irremediable.

Para reconquistar las posiciones perdidas, Cartago aprovechó cuantas ocasiones se le ofrecieron. Agatocles, tirano de Siracusa, quiso interponerse en su camino y llegó incluso insolentemente a los pies de sus murallas. A su vez, Pirro, rey de Epiro y adalid de un helenismo occidental en plena decadencia, quiso acudir en socorro de las ciudades griegas de Sicilia. Todo fue inútil: la influencia de Cartago se extendió a casi toda la isla.

Con un esfuerzo más vigoroso los cartagineses habrían podido dominar por completo la situación mucho antes de la mitad del siglo III. Pero, a fuerza de lentitud y de vacilaciones, no llegaron a Mesina hasta el año 269 antes de J.C., precisamente a tiempo para encontrarse frente a frente con la nueva potencia mediterránea, Roma. Las dos grandes potencias no tardaron en enfrentarse a lo largo de tres terribles conflictos que por su amplitud, medida a la escala del mundo antiguo, constituyeron verdaderas guerras mundiales.

La última fase de la historia de la expansión cartaginesa en el Mediterráneo se sitúa entre la primera y la segunda guerra púnica. Vencida en la primera guerra, Cartago hubo de evacuar totalmente Sicilia. En realidad su fuerza ocultaba ya gérmenes de debilidad: una casta dirigente a la que cegaba a menudo su egoismo y que sentía una hostilidad enfermiza por todas las grandes personalidades y por cualquier intento de reforma.

Un general cartaginés clarividente, Amílcar Barca, supo darse cuenta de la índole de los males que su patria sufría y aprender la lección de todas las desgracias que acababa de sufrir. Suyo es el mérito por el nuevo impulso dado a la expansión cartaginesa en el Mediterráneo. Frente a la concepción que los cartagineses tenían de su imperio, Amílcar Barca adoptó soluciones revolucionarias, inspiradas en el ejemplo de los reyes helenísticos, cuyo poder político se hallaba íntimamente ligado a la autoridad militar.

De todos modos, un régimen monárquico no era imaginable en Cartago. De ahí que no fuera en su propia patria donde Amílcar sentó los cimientos de su poderío, sino en la lejana España, país en el que los fenicios primero y los cartagineses después habían hecho ya fortuna y que estaba suficientemente alejado tanto de Roma como de Cartago para no despertar recelos en una ni en otra ciudad. Suficientemente rico además para aliviar la asfixia de la economía púnica en caso de guerra.

Amílcar comprendió que en España podría fundar un poder monárquico y militar fuerte y encontrar, a la vez, los recursos económicos y humanos que necesitaba. Sin perder tiempo se lanzó a la conquista del país y estableció rápidamente su autoridad en una parte del territorio, organizando sus conquistas a la manera de Alejandro y otros grandes constructores de imperios. Asentó su poder en el ejército y en su seno cultivó la mística del jefe siempre inspirado e invencible.

Al mismo tiempo, practicó una política de asimilación de los autóctonos, alistando en su ejército a los soldados vencidos y favoreciendo los matrimonios mixtos. Asdrúbal, su sucesor, siguió las huellas de Amílcar y fundó una segunda Cartago (Cartagena), es decir, la nueva capital, que arrebataba a Cartago el privilegio de ser la única nueva Tiro. En Cartagena construyó Asdrúbal un palacio y se hizo saludar con el título de rey.

Las ventajas que representaba la conquista de España se manifestaron pronto en todo el mundo púnico. En menos de veinte años Amílcar, Asdrúbal y Aníbal consiguieron alimentar abundantemente el tesoro de Cartago y renovar su pujanza económica y militar. Vastos horizontes se abrían de nuevo al imperio cartaginés cuando Roma, inquieta ante las consecuencias inevitables de semejante situación, se apresuró a declarar la guerra a Cartago.

La derrota de Aníbal en tierra africana (año 202 antes de J.C.) fue la campanada anunciadora del fin de Cartago como potencia mediterránea. Desde entonces y hasta su destrucción en el año 146 antes de J.C., apenas si la infeliz metrópoli dispuso de cierta autonomía para el gobierno de sus asuntos internos.

En esta obra de expansión, que el éxito iba a coronar durante tanto tiempo, el papel principal corresponde, por supuesto, a la marina cartaginesa, que, heredera del impresionante patrimonio fenicio, supo conservarlo y lograr que fructificara.

La flota púnica se componía de embarcaciones pesadas de casco redondo, utilizadas sobre todo para el transporte de mercaderías, y de cruceros de casco alargado, ligeros, rápidos y fáciles de manejar frente al enemigo.

De estas embarcaciones dice Polibio que «su construcción les permitía moverse en todos sentidos con suma ligereza; sus remeros eran expertos. Cuando se veían acosadas por el enemigo, se retiraban sin correr riesgo alguno. Su ligereza les permitía fácilmente escapar y, si el enemigo intentaba perseguirlas, cambiaban de rumbo y le embestían por el flanco sin dejarle punto de reposo.» En los combates la marina cartaginesa empleaba los remos. En cambio, la vela era preferida para el comercio.

LA flota contaba con millares de naves construídas por hábiles y experimentados artesanos. Los astilleros de Cartago figuran entre los más célebres de la antigüedad. Los marinos cartagineses nada sabían de la brújula, pero tenían del mar un conocimiento profundo y se orientaban con seguridad perfecta.

En tiempo de guerra el estado se incautaba de los barcos mercantes y los destinaba, con sus tripulaciones, al transporte de tropas y pertrechos. En tiempo de paz la marina militar protegía los convoyes contra las acechanzas de los piratas y patrullaba las inmediaciones de las zonas exclusivamente reservadas al comercio cartaginés.

Cartago heredó una muy rica tradición de exploraciones y viajes marítimos. Los fenicios se habían ya distinguido como marinos efectuando por cuenta de Necao, faraón de la vigésimosexta dinastía, la circumnavegación del continente africano: zarparon del Mar Rojo, doblaron el cabo meridional de Africa y regresaron a Egipto por el estrecho de Gibraltar. Entre las hazañas marineras de los propios cartagineses, las fuentes de que disponemos sólo nos permiten evocar los dos periplos que llevaron a cabo en el siglo V para explorar una parte de las orillas del Atlántico.

El relato del primer periplo, que fue obra de Hannón, ha llegado hasta nosotros por conducto de los griegos y

SIGUE A LA VUELTA

LOS VIDRIEROS DE CARTAGO

He aquí tres muestras de los amuletos de pasta de vidrio en forma de máscara que tan profusamente se fabricaban en Cartago. Los colores dominantes suelen ser el blanco, el azul oscuro y el amarillo limón. El más antiguo de los tres (arriba), inspirado en modelos sirios, es de color marrón y blanco y data de finales del siglo IV antes de J.C. La barba se indica mediante pequeños agujeros, mientras que en la mayoría de los casos el rostro aparece encuadrado por bucles estilizados, muy decorativos. Los vidrieros de Cartago modelaban también en gran cantidad las perlas y los tarros de perfume, ejecutados a menudo con un gusto exquisito.

Museo Nacional del Bardo, Túnez
Foto Luc Joubert © Archéologie Vivante, París

AVENTURAS DE HANNON EL NAVEGANTE

Son pocos los relatos que aun subsisten de los viajes realizados por fenicios y cartagineses. El más famoso es el que cuenta la odisea marítima de Hannón el Navegante, rey de Cartago, el cual atravesó con su barco las Columnas de Hércules aventurándose en el Atlántico y costeando el Africa occidental. La relación que poseemos de tan épico viaje proviene de una traducción griega del siglo III antes de J.C. hecha a partir de la narración del periplo de Hannón grabada en el Templo de Cronos de Cartago. Plinio señala que la expedición tuvo lugar en la época « en que el poder de Cartago se hallaba en su cénit », de lo que parece deducirse que se efectuó en el siglo IV antes de J.C. Reproducimos aquí el* Periplo de Hannón, *relatado en forma vigorosa y atractiva por el propio navegante.

Los hipotéticos itinerarios señalados en este mapa se basan en testimonios de escritores de la antigüedad y en vestigios arqueológicos.

● ● ● ● ● TERCER MILENIO A. DE J.C.

Entre Troya y Creta, la ruta del oro; de Biblos al Nilo, la ruta del cedro; a través del Golfo Pérsico hacia el Indo, la ruta del lujo (metales mesopotámicos, marfil indio, etc.); a través del Mar Rojo, la ruta del incienso entre Egipto, Arabia y Somalia.

DEL SEGUNDO MILENIO _ _ _ _ _ AL SIGLO IV A. DE J.C.

En torno a Grecia, las diversas rutas de emigración; por la ruta de los héroes de Homero hacia Troya y tras las huellas supuestas de los argonautas por el Mar Negro; por la «ruta de Ulises», hacia la península itálica y Sicilia; prolongaciones hacia Córcega, Marsella, las colonias españolas, Gibraltar y el norte de Europa; empalme de la ruta del ámbar a través del Adriático.

+ + + + + PERIPLO DE HANNON

En el siglo V antes de J.C., el cartaginés Hannón atraviesa el estrecho de Gibraltar y explora las costas africanas.

DE FINALES DEL PRIMER MILENIO O O O O O AL SIGLO II DE NUESTRA ERA

La red de rutas marítimas se extiende por el Mediterráneo central; las rutas occidentales parten de Cartago hacia Sicilia, Cerdeña, Córcega, las Baleares, Gibraltar y las costas atlánticas.

LOS cartagineses decidieron que Hannón iría más allá de las Columnas de Hércules y fundaría ciudades cartaginesas. Se hizo a la mar con 60 navíos de 50 remeros, llevando unos 30.000 hombres y mujeres, víveres y todo lo necesario.

Después de franquear las Columnas de Hércules y de navegar dos días a partir de ellas, fundamos una primera ciudad que recibió el nombre de Thymiaterion; estaba rodeada de una gran llanura. A continuación, dirigiéndonos hacia el Occidente, llegamos al Soloeis, promontorio líbico cubierto de árboles. Habiendo establecido allí un santuario de Poseidón, reanudamos la navegación en la dirección del sol saliente durante media jornada, al término de la cual llegamos a una laguna situada no lejos del mar, cubierta de juncos abundantes y elevados; pacían allí elefantes y otros animales muy numerosos.

Después de dejar atrás esta laguna y de navegar durante una jordana, fundamos junto al mar las colonias llamadas el Muro Carío, Gytté, Acra Melita y Arambys.

Partiendo de allí, llegamos al gran río Lixos que viene de Libia. En sus márgenes unos nómadas, los lixitas, apacentaban sus rebaños. Permanecimos algún tiempo con estas gentes, de las que nos hicimos amigos. Por encima de ellas vivían los etíopes inhospitalarios, que poblaban una tierra llena de bestias feroces y atravesada por grandes montañas de las que sale, según se dice, el Lixos. Se dice también que en torno a estas montañas viven hombres de un aspecto particular, los troglodítas; los lixitas pretenden que éstos son capaces de correr más velozmente que caballos.

Habiendo tomado intérpretes de entre los lixitas, costeamos el desierto, en la dirección del mediodía, durante dos días, y después en la dirección del sol saliente durante un día. Entonces encontramos, en el fondo de un golfo, una pequeña isla con una circunferencia de cinco estadios; la llamamos Cerné y dejamos en ella colonos. Según nuestro viaje, nos pareció que la isla estaba situada en el lado opuesto de Cartago, pues para ir de Cartago a las Columnas era preciso navegar tanto como de las Columnas a Cerné.

Desde allí, pasando por un gran río, el Chretes, llegamos a un lago que contenía tres islas más grandes que Cerné. Partiendo de estas islas, hicimos un día de navegación y llegamos al fondo de un lago dominado por montañas muy grandes llenas de hombres salvajes, vestidos de pieles de animales, que nos arrojaban piedras y nos impedían

GRANDEZA Y DECADENCIA *(cont.)*

ha suscitado no pocos comentarios. (Véase la pág. 14). Con escaso éxito, se ha intentado identificar los lugares descritos. La hipótesis más comúnmente aceptada es la que identifica el volcán llamado «Carro de los Dioses» con el Monte Camerún y sitúa el término del periplo en el Golfo de Guinea. Sin embargo, ciertos historiadores tienden a restringir, en el espacio, el alcance de la expedición. En fin, la dificultad de identificar los lugares ha dado cuerpo a la idea de que Hannón falsificó deliberadamente su relato a fin de no dar datos precisos sobre un itinerario que abría a los cartagineses las vías del comercio del oro.

Nuestros conocimientos del segundo periplo, realizado por Himilcón, son mucho menos precisos. Sabemos únicamente que el cartaginés exploró las costas atlánticas de Europa occidental en busca de estaño y de plata y que llegó quizás hasta las Islas Británicas.

Con estos periplos los cartagineses no pretendían otra cosa que abrir nuevas vías y horizontes a su comercio. Durante largo tiempo el tráfico del Atlántico fue un verdadero monopolio cartaginés, ejercido en dos direcciones esenciales: las costas del Africa negra y las europeas de Bretaña, Inglaterra e Irlanda.

Conviene señalar, sin embargo, que eran todavía mucho más activas las relaciones comerciales de los cartagineses con los países mediterráneos y, en particular, con Grecia. Aunque interrumpido en gran parte durante los siglos V y IV, el comercio con este último país experimentó un nuevo auge después de las conquistas de Alejandro. Testigos de ello son el gran número de ánforas de Rodas y de objetos alejandrinos encontrados en las necrópolis púnicas.

Importante era también el comercio con otras regiones como Campania, Etruria, España, Sicilia, Delos... A esos clientes y proveedores diversos Cartago vendía y compraba materias primas, productos manufacturados y productos agrícolas. La prosperidad de Cartago descansaba esencialmente en



Mapa de Willem van Malsen © Archives Robert Laffont, Paris

desembarcar. Desde allí, entramos en otro río, grande y ancho, lleno de cocodrilos e hipopótamos. Después retrocedimos y regresamos a Cerné.

Navegamos desde allí hacia el mediodía durante doce días a lo largo de toda la costa ocupada por etíopes, que huían al acercarnos. Hablaban una lengua incomprensible, incluso para los lixitas que estaban con nosotros. El último día llegamos a unas montañas elevadas cubiertas de árboles de maderas olorosas y de diversos colores. Habiendo rodeado estas montañas durante dos días, llegamos a un golfo inmenso, al otro lado del cual había una llanura; allí vimos por la noche que se elevaban fuegos por todas partes, a intervalos y con mayor o menor intensidad.

Después de haber hecho provisión de agua, continuamos nuestra navegación a lo largo de la tierra durante cinco días, al cabo de los cuales llegamos a un gran golfo que los intérpretes nos dijeron se llamaba el Cuerno de Occidente. En este golfo se encontraba una gran isla y en la isla una laguna que contenía otra isla. Habiendo desembarcado, sólo vimos de día un bosque; pero por la noche vimos brillar muchos fuegos y oímos sonidos de flautas, un estrépido de címbalos y tamboriles y un gran ruido. Nos invadió el miedo y los adivinos nos ordenaron dejar la isla. Partimos pues apresuradamente de ese lugar y costeamos una comarca abrasada llena de perfumes; salían de ella arroyos de llamas que venían a arrojarse a la mar. La tierra era inaccesible a causa del calor. Llenos de temor, nos alejamos rápidamente.

Durante cuatro jornadas de navegación, vimos por la noche la tierra cubierta de llamas; en medio había un fuego elevado, mayor que los demás, que parecía tocar a los astros. Pero de día se reconocía que era una montaña muy grande, llamada el Carro de los Dioses. A partir de allí, bordeamos las llamas durante tres días y llegamos al golfo llamado el Cuerno del Sur.

En el fondo del golfo había una isla análoga a la primera, que contenía un lago, en el interior del cual había otra isla llena de hombres salvajes. Las mujeres eran mucho más numerosas. Tenían el cuerpo cubierto de pelo y los intérpretes les llamaban gorilas. Perseguimos a los machos, sin poder capturar ninguno, pues eran buenos trepadores y se defendían. Pero nos apoderamos de tres mujeres. Mordiendo y arañando a los que las arrastraban, no querían seguirles. Las matamos y les quitamos la piel, que llevamos a Cartago; porque no navegamos más lejos, por falta de víveres. ■

el comercio; el estado púnico velaba celosamente por la seguridad de las rutas que sus navíos surcaban y envolvía en una atmósfera de misterio los itinerarios que conducían a ciertos «cotos reservados.»

Para proteger los intereses de sus ciudadanos Cartago sabía recurrir, como hemos visto, a la diplomacia o a la fuerza. Por su parte, los navegantes cartagineses sabían despistar con gran ingenio a sus seguidores y propagaban, para intimidarles, rumores espeluznantes sobre los peligros de ciertas rutas marítimas —precisamente aquellas donde imperaba un verdadero monopolio púnico.

Del rigor de la vigilancia púnica a este respecto da idea exacta la anécdota, recogida por autores antiguos, de cierto navío cartaginés que, seguido por rivales romanos deseosos de averiguar la situación de los «cotos reservados», no vaciló, ante la tenacidad de sus perseguidores, en embarrancar en un banco de arena y en hacer correr la misma suerte a sus adversarios.

Con sus colonias desparramadas en gran número por toda la cuenca occidental del Mediterráneo y hasta las mismas riberas del Atlántico, el imperio cartaginés ejerció una influencia considerable en la evolución del mundo antiguo. En Africa del Norte y en otras regiones las ciudades púnicas constituían puntos de contacto y de fructífero intercambio entre las diversas civilizaciones mediterráneas. El mercader cartaginés, personaje familiar en todas las ciudades de Occidente y de Oriente, fue un agente activo de ese intercambio.

Gran metrópoli nutrida de tradiciones orientales, africanas y mediterráneas, Cartago aportó a la civilización del mundo antiguo una contribución considerable. Ignorada durante largo tiempo, la importancia de esa contribución empieza a reconocerse hoy mejor, gracias a las múltiples excavaciones realizadas aquí y allá y a los trabajos de investigación arqueológica e histórica.

SIGUE A LA VUELTA



Foto Luc Joubert © Archéologie Vivante, París

Abierta a todas las corrientes de la civilización, Cartago fue « avant la lettre » una especie de empresa de «export-import» no menos cultural que comercial. A la izquierda, una de las innumerables máscaras amuletos pintadas en cáscaras de huevo de avestruz, especialidad funeraria cartaginesa de la que se han encontrado numerosas muestras en Sicilia, Cerdeña y España. Abajo a la izquierda, la famosa «Dama de Elche» (Museo del Prado, Madrid), estatua ibérica del siglo III antes de J.C. descubierta en Elche (España). En ella se aprecia la influencia púnica. En el centro y a la derecha, dos estatuillas de terracota descubiertas en solares arqueológicos púnicos de Túnez, ambas importadas o copiadas en Cartago: una esfinge egipcio-fenicia (siglo VI antes de J.C.) y una estatuilla de diosa madre de estilo jónico de la misma época (Museo de Cartago).

Foto © Roger Viollet



GRANDEZA Y DECADENCIA *(cont.)*

Al destruir Cartago en el año 146 antes de J.C., según parece a pesar suyo, el general romano Escipión Emiliano no pudo contener las lágrimas mientras recitaba en alta voz los famosos versos de Homero: «Vendrá el día en que perecerá Ilión, la ciudad santa en que perecerán Príamo y el pueblo de Príamo, tan diestro en el manejo de la lanza.»

De aquella metrópoli sólo algunos vestigios han podido escapar al encarnizamiento destructor de sus verdugos. Esos vestigios son hoy el ornamento de una apacible ciudad residencial, especialmente apreciada por su tranquilidad y por el encanto singular del paisaje que le sirve de marco. Este lugar, uno de los más bellos del mundo, ocupa en el fondo del golfo de Túnez un promontorio desde donde descienden hacia el mar blancas casas rodeadas de espaciosos jardines. Al pie de este promontorio se encuentran los restos de los puertos púnicos, con sus dos fondeaderos, uno de ellos construído en torno a un islote donde al parecer se alzaron, en otros tiempos, los edificios del almirantazgo.

En esos parajes echaba el ancla una de las flotas más poderosas de la antigüedad; desde allí se hacían a la mar los intrépidos navegantes púnicos, grandes constructores de imperios. Esos puertos de ancho acceso nos dan sólo una idea sumaria y poco sugestiva de su importancia histórica. Reconstruidos y restaurados, así como los demás vestigios de Cartago, devolverían a este lugar, una de las cumbres de la historia universal, la fastuosidad de su gloria pasada. ■

OCHO SIGLOS DE CIVILIZACION PUNICA

por
Gilbert-Charles Picard

GILBERT-CHARLES PICARD, *arqueólogo francés, jefe de la misión arqueológica francesa en Mactar (Túnez), es profesor de arqueología romana en la Sorbona de París y director de antigüedades históricas de la Francia central. De 1941 a 1955, dirigió el Servicio de Antigüedades de Túnez y llevó a cabo una serie de excavaciones en Cartago, especialmente en las Termas de Antonino. Entre sus numerosas obras cabe citar* Vie et mort de Carthage, *en colaboración con Colette Picard (Hachette, París, 1970),* Hannibal *(Hachette, París, 1967),* La Carthage de saint Augustin *(Fayard, París, 1965)* y La Vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal, *en colaboración con Colette Picard (2ª edición, Hachette, París, 1959).*

CARTAGO ocupa en la historia un lugar enteramente original y particular. Es una colonia fundada en la cuenca occidental del Mediterráneo por semitas venidos de Asia, lo cual ya es raro, siendo como es frecuente en todas las épocas el fenómeno inverso: colonización de Oriente por los europeos.

Existen de todos modos algunos casos análogos en la época histórica. El más notable es el de la España musulmana. Pero, aunque el Califato de Córdoba y el Reino de Granada contribuyeron a introducir en Occidente ciertos elementos de la civilización islámica, no participaron en la vida de la Europa medieval, sino que fueron cuerpos extraños instalados en su extremidad meridional, y todas las fuerzas vivas de esa Europa se aplicaron con perseverancia y éxito a eliminarlos.

Por el contrario, Cartago vivió durante cinco o seis siglos en relación estrecha y constante con los pueblos autóctonos del Africa septentrional, con los italianos de orígenes y civilizaciones diversos, con los iberos y con los celtas.

Su destrucción no fue el desenlace de una cruzada secular; fue un acontecimiento puramente político, y no el

SIGUE A LA VUELTA



La ruta de la princesa Dido, la Elisa fenicia

resultado de una explosión de odios raciales o culturales. A diferencia de lo que pasó en la España del siglo XVI, el final de Cartago no fue seguido por la destrucción sistemática de su civilización, la cual se extinguió lentamente y sin violencia, fundiéndose en la romanidad.

Evidentemente, este destino tan particular de Cartago no había sido previsto por sus fundadores. Lo determinó una evolución histórica que abarcó por lo menos seis siglos y durante la cual las condiciones generales de existencia de la ciudad se vieron varias veces transformadas radicalmente.

En la primera fase, muy mal conocida, Cartago aparece como una factoría fenicia entre otras escalonadas a lo largo de la ruta del estaño. La invención del bronce, aleación de cobre y estaño, y su empleo para la fabricación de las herramientas y las armas más necesarias habían impulsado a los hombres del segundo milenio antes de Jesucristo a establecer relaciones comerciales de un alcance asombroso si se considera la mediocridad de sus medios de comunicación. El cobre se encontraba en cantidad bastante apreciable en los países del Asia occidental, que eran entonces, con Egipto, los principales núcleos de la civilización mediterránea. Pero el estaño no existía prácticamente en los países ribereños del Mediterráneo oriental. Se traía del oeste y del noroeste de Europa: de España, de Armórica y de las Islas Británicas.

En todas estas regiones bañadas por el Atlántico se había desarrollado la célebre y misteriosa civilización de los megalitos, que mantenía relaciones comerciales e incluso culturales con los pueblos de Oriente. El principal lugar de encuentro era la Andalucía actual, sede del Reino de Tartesos, que todavía en el siglo VI a. de J.C. deslumbró a los griegos con sus riquezas mineras. Allí se reunían los mercaderes, venidos unos del norte, a lo largo de las costas oceánicas, y otros del Egeo y de Asia.

Al final del segundo milenio, este comercio largo tiempo controlado por los micénicos pasó a manos de los fenicios, que comenzaron a establecer modestas factorías en las principales escalas intermedias para poner las mercancías al abrigo de la codicia de los indígenas y para ofrecer reposo a los marinos durante el invierno.

La tradición ha conservado piadosamente las fechas de las principales fundaciones. La más alejada, Gades (actualmente Cádiz), parece ser la más antigua. Su fundación debe remontarse aproximadamente al año 1200 antes de J.C. Utica, en la costa tunecina septentrional, cerca de la desembocadura del Medjerda, parece datar casi de la misma época (1178 a. de J.C.). A su vez, Cartago apareció más tarde, en 814 antes de Cristo.

Desgraciadamente, estas fechas no han sido confirmadas por las investigaciones arqueológicas modernas. Mientras que los objetos descubiertos en los emplazamientos de las colonias griegas pueden fecharse más o menos en la época en que, según la tradición, se produjo la instalación de los helenos, los que se exhuman en los solares de las ciudades fenicias son netamente posteriores a la fecha de fundación indicada por los textos. En Cartago, por ejemplo, las más antiguas piezas de cerámica encontradas en los santuarios y las tumbas datan, según los mejores especialistas, de 750 a. de J.C. como máximo, o sea, más de sesenta años después del momento en que los escritores antiguos fijaban el establecimiento de Dido (la Elisa fenicia) en Africa. La diferencia es todavía más considerable en lo que se refiere a Utica y Gades, llegando a tres o cuatro siglos por lo menos.

Esta discordancia plantea un problema de suma dificultad en torno al cual discuten los arqueólogos sin que ninguno haya podido proponer hasta ahora una solución verdaderamente satisfactoria. ¿Están equivocados los textos? ¿Son todavía insuficientes las exploraciones arqueológicas? ¿Habrá que revisar la datación de los «fósiles testigos»? Honradamente, hay que convenir en que la incertidumbre es total.

Algunos datos transmitidos por esa misma tradición literaria de valor tan dudoso, en la que se mezclan inextricablemente viejos mitos religiosos más o menos racionalizados, simples cuentos forjados por fabulistas y quizás algunos hechos históricos auténticos, parecen indicar que desde su origen Cartago no fue un establecimiento como los otros, con una función esencialmente económica. Según esas fuentes, la ciudad fue creada por una princesa desterrada para albergar a unos exiliados políticos que abandonaban su patria para no regresar jamás. Pero, siempre según la «fábula de Dido», las fuerzas de los colonos no estaban a la altura de sus ambiciones, y fueron necesarias difíciles transacciones para obtener de los líbios la concesión de un espacio suficiente para establecer la «nueva ciudad.»

En realidad, los raros documentos encontrados en las excavaciones de los lugares sagrados y en las tumbas de la primera Cartago, la de los siglos VII y VI antes de Cristo, no indican que la ciudad pudiera actuar como estado independiente, y menos aún como potencia imperialista.

La economía permanecía bajo la dependencia de la metrópoli. Hermosas joyas y marfiles finamente labrados revelan no obstante un nivel de vida bastante elevado. Por otra parte, la geografía ofrecía a Cartago posibilidades de expansión superiores a las de las otras colonias fenicias. Estas se habían establecido generalmente en los islotes cercanos a la costa o en la extremidad de promontorios rocosos, situación que les garantizaba su seguridad, pero no su subsistencia, la cual continuaba dependiendo casi exclusivamente del mar. En cambio, Cartago había sido construida en la costa oriental de una península cuya «cabeza», de unos veinte kilómetros cuadrados, comprendía pequeñas llanuras húmedas y fértiles, a uno y otro lado de una cadena curva de colinas.

Para poder disponer enteramente de este pequeño mundo capaz de bastarse a sí mismo, sólo era preciso dominar —desde donde se halla instalado el actual aeródromo de Túnez-Cartago— el istmo arenoso que lo une al continente entre el lago de Túnez y la laguna de la Ariana. Sin que nada nos permita por el momento fechar esta etapa esencial, cabe pensar que los cartagineses llegaron a ella con bastante rapidez, asegurando así su libertad de acción tanto con respecto a los pueblos autóctonos como frente a su metrópoli.

Así se explica que pudieran tomar el relevo de Tiro cuando ésta, debilitada por sus luchas incesantes contra los reyes de Asur y de Babilonia, dejó de estar en condiciones de ofrecer a los fenicios de Occidente una protección eficaz contra la rivalidad griega, que les apremiaba por todas partes. Tiro había construido su imperio marítimo aprovechando el hundimiento del poder micénico que se produjo hacia 1200 a. de J.C. como resultado de la invasión dórica.

Pero los poetas habían conservado entre los helenos, a lo largo de los siglos de su «Edad Media», el recuerdo de las osadas navegaciones de sus héroes; hacia 800 a. de J.C. los habitantes de Acaya, de Eubea y de Rodas, pronto seguidos por los corintios y los jonios de Anatolia, se habían lanzado a redescubrir y a recuperar las escalas antaño visitadas por Ulises y por los argonautas. Primeramente se contentaron con instalarse en las costas que los fenicios habían explorado sin establecerse en ellas decididamente: las de Cirenaica, de Italia meridional y, sobre todo, de Sicilia. Pero sus colonias, fuertemente pobladas por una intensa emigración, se sintie-

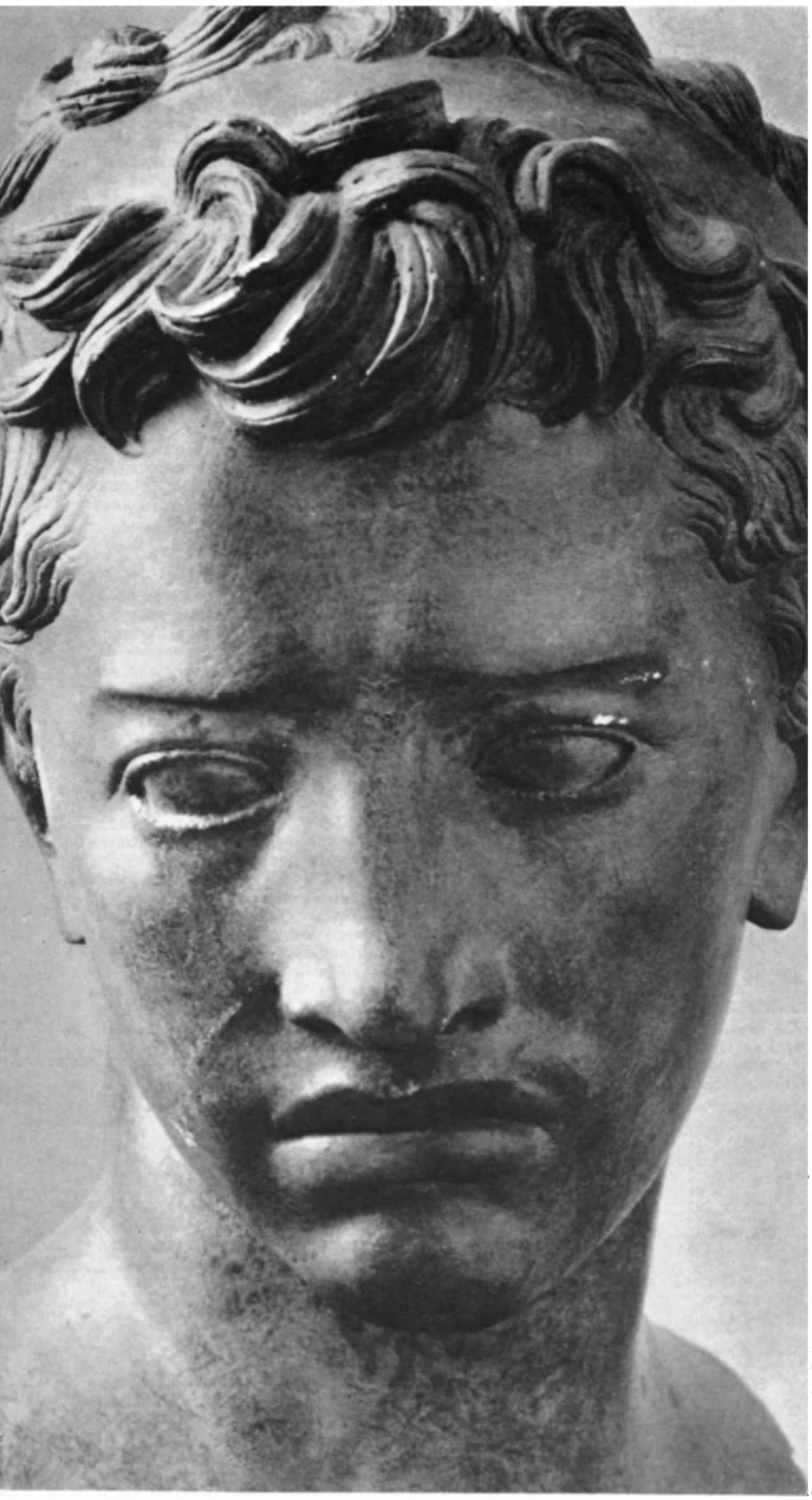


Foto Museo da Rabat

En 1944 se descubrió en las ruinas romanas de Volubilis (al norte de la ciudad de Mequínez, en Marruecos) un busto de bronce (arriba) que fue identificado como el de Aníbal, el gran general y hombre de estado cartaginés (247-183 a. de J.C.). Diversas monedas acuñadas entre 221 y 219 antes de J.C., así como dos bustos de mármol, nos habían transmitido ya su retrato. Refugiado en Asia Menor tras su derrota ante los romanos, Aníbal se dio muerte para escapar a sus enemigos.

ron pronto faltas de espacio, y los nuevos emigrantes debían buscar cada vez más lejos: en las costas de la Galia, donde se funda Marsella en el año 600, en Cataluña, y más lejos hacia el sur a lo largo de la costa española, acercándose al reino de Tartesos, el de las fabulosas riquezas.

De este modo, todas las costas en que el dominio griego y el dominio fenicio entraban en contacto —el Golfo de las Sirtes, la Sicilia occidental, Córcega, el Levante ibérico— se convertían progresivamente en zonas de fricción en las que estallaban conflictos limitados pero que renacían constantemente.

Para defender sus posiciones, los fenicios de Occidente tenían que unirse, constituir una fuerza militar, buscar alianzas con otros pueblos amenazados como ellos por el imperialismo helénico. Esto implicaba la transformación total de una política tradicionalmente mercantil y en general pacífica, aparte de algunas expediciones de piratería. Esa transformación fue obra de Cartago, impulsada por el primero de sus jefes políticos cuya personalidad ha recogido la historia: el rey Magón, cuyo reinado se sitúa en el tercer cuarto del siglo VI antes de Cristo (hacia 530-525).

Magón creó un ejército esencialmente formado de mercenarios —los cartagineses eran muy poco numerosos para poder reclutar entre ellos otra cosa que los mandos y algunos cuerpos selectos—, ejército que vino a añadirse a una marina de guerra ya seguramente bastante numerosa y experimentada. El caudillo cartaginés se esforzó por asentar su dominio sobre bases situadas en puntos bien escogidos y que dependieran enteramente, en lo político y en lo militar, de Cartago.

Probablemente desde mucho antes (desde el año 654 según la tradición) se había establecido una de estas bases en la isla balear de Ibiza. Magón creó otras en la extremidad occidental de Sicilia, en Motia, y sobre todo en Cerdeña, donde colonos fenicios habían desembarcado ya en el siglo IX a. de J.C. En el terreno diplomático, consolidó la alianza que existía ya seguramente con los etruscos. Este último pueblo, quizás originario de Asia Menor, y en todo caso fuertemente penetrado de tradiciones orientales, se sentía también inquieto ante el empuje helénico. El primer resultado obtenido en común por los etruscos y los cartagineses fue el de impedir que los griegos de Focea (Asia Menor) se instalaran en Córcega.

En el ámbito de la política interior y cultural, la acción de Magón tuvo igualmente consecuencias importantes. Se conoce muy mal el régimen de Cartago en esta época. La ciudad había conservado a su frente un rey, cuyos poderes debían ser esencialmente religiosos, lo que era mucho en un pueblo cuya vida estaba enteramente dominada por los dioses. Pero ese monarca debía tener en cuenta a

SIGUE A LA VUELTA

la aristocracia y, en caso de conflicto entre los dos poderes, la decisión podía corresponder a la asamblea de los ciudadanos.

Al convertirse en jefe militar además de religioso, el rey pudo incrementar aun más su poder. Sin que su cargo fuera en principio hereditario, ni siquiera vitalicio, quedó reservado prácticamente a los miembros de una sola familia, y no se conocen en este periodo casos de deposición del titular antes de su muerte. En efecto, Magón y sus sucesores supieron rodear su poder de un aura mística manejando hábilmente el nacionalismo y el fanatismo religioso.

Cartago había heredado de Tiro una religión en la que se mezclaban ritos naturalistas a menudo burdos y sangrientos, destinados a asegurar la prosperidad de la naturaleza, y altas especulaciones teológicas, obra de un clero instruido y sutil. Este clero se dividía, según las ciudades y los templos, en escuelas que apreciaban de manera bastante diferente los poderes y las relaciones recíprocas de los dioses, reunidos en un complejo panteón. Así, los teólogos de Tiro enaltecían el papel del patrón de la ciudad, Melcarte, dios activo y viajero, en el que los griegos reconocían el equivalente de su Heracles.

En cambio, otras sectas mostraban apego a divinidades transcendentes, como el rey y padre de todos los dioses, El. Los sacerdotes de Cartago pertenecían en su mayoría a esta segunda tendencia. Aunque Melcarte fuera honrado en la ciudad de Dido, era el dios El quien ocupaba allí el primer puesto. Siguiendo un uso frecuente entre los semitas, se evitaba pronunciar su verdadero nombre, demasiado cargado de poder sagrado, siendo sustituido por el de Ba'al Hammon, que, según el arqueólogo francés J.G. Février, significa el señor de la hoguera.

Esta designación recuerda que Ba'al Hammon presidía los sacrificios que confirieron a Cartago una reputación siniestra: niños pequeños, con toda probabilidad degollados previamente, eran arrojados en su honor a una gran hoguera encendida a los pies de su estatua. Siendo la eficacia del sacrificio proporcional al valor de la víctima, no hay que asombrarse de que todos los pueblos antiguos, empezando por los griegos y los romanos, inmolaran víctimas humanas. Por otra parte, muchos pueblos consideraban que el rey, encargado de asegurar las relaciones entre la comunidad humana y el mundo sobrenatural, debía ser inmolado cuando la energía sagrada de que era portador llegaba a ser insuficiente, a fin de que esa energía pudiese recaer sobre otro individuo llamado a sucederle.

Ni los fenicios en general ni los cartagineses en particular tienen, pues, el monopolio de los sacrificios humanos, ni el del sacrificio del rey. Pero estos usos se generalizaron y prolongaron en Cartago, mientras que en las

SIGUE EN LA PAG. 42

Páginas en color



Página 21

BAÑOS ROMANOS. Los vestigios de las Termas (o baños calientes) que mandó construir en Cartago el emperador romano Antonino Pio a mediados del siglo II de nuestra era dan claro testimonio del esplendor de la vieja ciudad, entonces capital del Africa romana. Restauradas en el siglo IV, destruidas casi completamente en el V por los vándalos que habían invadido Africa, las Termas de Antonino podrán salvarse gracias a los trabajos de protección emprendidos por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y por la Unesco.

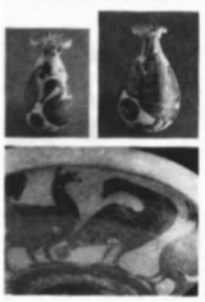
Foto Michel Desjardins © Réalités, Paris



Página 22

PLEGARIAS DE PIEDRA. Estelas neopúnicas de Cartago erigidas en recuerdo de sacrificios de animales ofrecidos a Saturno, divinidad itálica que, al producirse la colonización romana, suplantó a Baal, dios púnico cuyo culto, unido al de la diosa Tanit, había dominado durante ocho siglos la vida cartaginesa.

Foto Michel Desjardins © Réalités, Paris



Página 23

ELEGANCIA CARTAGINESA. Cartago importó estas tres lujosas piezas de cerámica (siglo VI a. de J.C.) de Corinto, opulenta ciudad griega que desapareció al mismo tiempo que Cartago, convirtiéndose también en colonia romana. Las dos piezas de arriba son vasos de perfume, decorados uno con un cisne y el otro con una sirena. La pieza de abajo es una copa adornada con motivos de aves.

Museo Nacional del Bardo, Túnez
Fotos Luc Joubert © Archéologie Vivante, París



Páginas 24-25

PARA EL ULTIMO VIAJE. He aquí tres máscaras púnicas de terracota. A la izquierda, rostro de hombre gesticulando (siglo IV a. de J.C.). Las máscaras de este tipo, que recuerdan las máscaras de teatro espartanas de la misma época, se colgaban a la entrada de los santuarios o se depositaban en las urnas funerarias, sin duda para alejar a los demonios. En el centro y a la derecha, dos máscaras (respectivamente del siglo V y del VI a. de J.C.) descubiertas en las tumbas más antiguas de Cartago; en ellas resplandece el ideal de la belleza femenina propio de la época en que fueron modeladas. Al contrario que las máscaras egipcias o micénicas, que cubrían el rostro del difunto, estas máscaras púnicas se colocaban sobre el sarcófago o debajo de él.

Museo Nacional del Bardo, Túnez
Fotos Luc Joubert © Archéologie Vivante, París



Página 26

UN ARTE REFINADO. Este asa de vaso, de bronce, data del siglo IV antes de J.C. Descubierta en Cartago, constituye un bello testimonio del refinamiento del arte púnico. Otros objetos del mismo estilo hallados en Italia y en Sicilia dan fe de la expansión comercial y cultural de Cartago en la cuenca mediterránea.

Foto Luc Joubert © Archéologie Vivante, París



Página 27

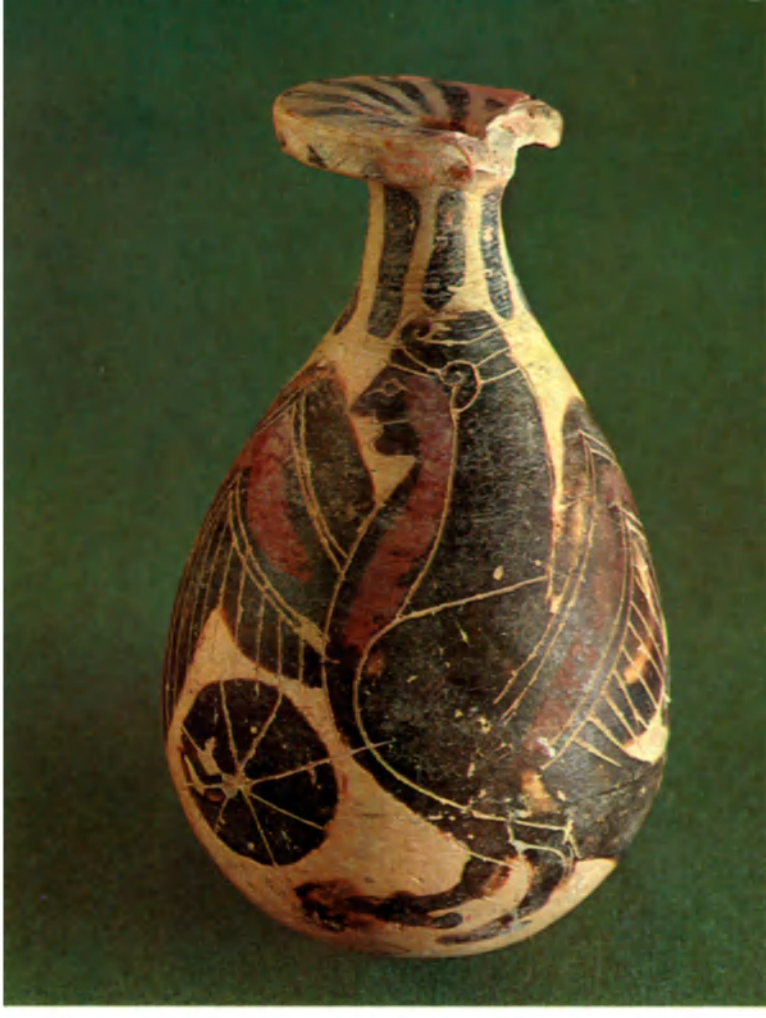
LA TENTACION DE ULISES. Fragmento del mosaico romano (siglo III) descubierto en Dugga (Túnez), hoy en el Museo Nacional del Bardo de la capital tunecina. El mosaico ilustra un pasaje de la Odisea de Homero: para no sucumbir a los irresistibles cantos de las sirenas, Ulises manda a sus compañeros, los cuales se han tapado los oídos con cera, que le aten al palo mayor. El arte del mosaico tuvo un gran florecimiento en las colonias africanas de Roma. En Cartago utilizó toda clase de temas, tanto profanos como sagrados. En la Colección Unesco de Arte Mundial se ha publicado un gran album en color dedicado a los mosaicos antiguos de Túnez, titulado «Túnez. Mosaicos antiguos» y publicado por la New York Graphic Society de acuerdo con la Unesco (1962).

Museo de Cartago Foto Unesco © Art Mondial

























CARTAGO vista por los griegos y por los romanos

por Mhamed Fantar

FILON de Biblos nos ha conservado la leyenda del primer navegante fenicio.

Encontrándose en un bosque incendiado, Usos tomó un árbol, le arrancó las ramas y montó a caballo sobre el tronco para escapar del fuego. Esta fue la primera experiencia fenicia en las aguas del Mediterráneo.

La Iliada, la Odisea, la Tora, las Tabletas de Ugarit y muchos otros escritos no menos célebres nos han conservado el recuerdo de los marinos fenicios, de sus viajes prestigiosos y de las riquezas considerables que pudieron atesorar.

Entre otros países particularmente apreciados por la marina fenicia, Tarshish o Tarsis parece que mereció una atención preferente. Se trata muy verosímilmente de una región situada en España meridional. La abundancia de metales —cobre, plata, plomo, estaño— atraía allí a los mercaderes de Tiro y Sidón. Evocando la riqueza de esta región, Diodoro de Sicilia escribe:

«El país de los iberos contiene las más numerosas y más hermosas minas de plata que se conocen... Los indígenas ignoraban su uso. Pero los fenicios, que habían llegado para comerciar, compraron esa plata a cambio de una pequeña cantidad de mercancías; y habiéndola llevado a Grecia, a Asia y a los demás pueblos, adquirieron así grandes riquezas... Este comercio, practicado por ellos durante mucho tiempo, aumentó su potencia y les permitió enviar numerosas colonias a Sicilia y a las islas vecinas, a Libia, a Cerdeña y a Iberia.»

En su ruta hacia Tarsis, los fenicios entraron pues en contacto con las costas norteafricanas, donde muy pronto establecieron pequeñas factorías destinadas al comercio con las poblaciones autóctonas, pero sobre todo al reposo de los marinos y a su abastecimiento.

Entre esas fundaciones, Cartago es indiscutiblemente la más importante. Una leyenda transmitida por autores antiguos parece reflejar los móviles y los sucesos que dieron lugar a esta fundación.

Elisa (o Dido), hermana de Pigmalión, rey de Tiro, estaba casada con su tío el sacerdote de Melcarte Acerbas, que poseía una fortuna fabulosa. Impulsado por la envidia y la codicia, Pigmalión asesinó a su tío Acerbas para apropiarse de las tan deseadas riquezas. El dolor de la princesa fue tan vivo que decidió abandonar la tierra sobre la que se había derramado la sangre de Acerbas.

Para engañar a su hermano y neutralizar su desconfianza, recurrió a toda clase de astucias y maniobras. Seguida de algunos miembros de la aristocracia, se embarcó e hizo escala en Chipre, donde el sacerdote de Júpiter

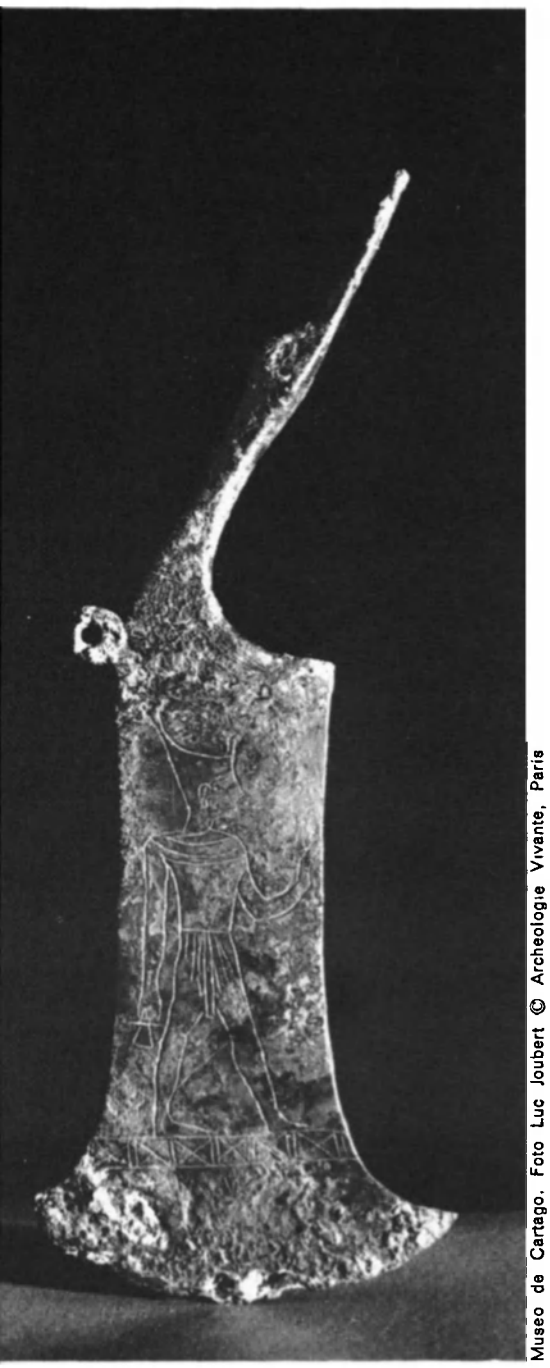
SIGUE A LA VUELTA

RECUERDO DE GUERRA. Esta coraza de bronce, decorada con una cabeza de Minerva, diosa de la sabiduría, fue descubierta al sur de Susa (Túnez) en un féretro de madera y perteneció seguramente a un soldado de Aníbal. En efecto, su labrado es típicamente campaniense. Como es sabido, Aníbal se apoderó en el año 215 antes de J.C. de Capua, capital de la Campania, a cuyas delicias, según la tradición, se entregaron ardorosamente sus tropas. Es muy posible que uno de aquellos soldados se llevara como recuerdo a su patria la coraza.

Museo Nacional del Bardo, Túnez
Foto Luc Joubert © Archéologie Vivante, Paris

MHAMED FANTAR, *especialista tunecino en arqueología y epigrafía púnicas, es secretario general de la Comisión de Investigaciones Arqueológicas e Históricas del Instituto Nacional de Arqueología y Arte de Túnez y profesor de arqueología de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad tunecina. Ha publicado, tanto en su país como en el extranjero, numerosos estudios y libros. Entre sus obras más recientes cabe citar* Carthage, la prestigieuse cité d'Elissa *(Túnez, 1970).* Eschatologie phénicienne-punique *(Túnez, 1970)* y Yugurta *(Maison Tunisienne d'Edition, 1970, en árabe).*

Una ciudad hospitalaria para los hombres y para los dioses



Museo de Cartago. Foto Luc Joubert © Archeologie Vivante, Paris

Esta navaja de afeitar sagrada presenta un fino labrado. El motivo es de origen egipcio, mientras el estilo es típicamente cartaginés. De sus antepasados fenicios, que eran maestros en el trabajo de los metales, los cartagineses recibieron una larga tradición artística. Numerosas inscripciones púnicas indican la importancia que en Cartago tenían los orfebres y los herreros. Talismanes de eternidad, estas navajas de afeitar se depositaban en las tumbas, igual que los collares de máscaras de pasta de vidrio.

le dispensó una acogida calurosa y reconfortante. Tras descansar, la expedición partió hacia las costas africanas, donde tuvo lugar la fundación de la nueva ciudad.

Nos parece difícil sostener la autenticidad de este relato, aunque sus elementos estén en cierta medida conformes con el universo fenicio y puedan por lo tanto proyectar alguna luz sobre los problemas que plantean la historia y la civilización de Cartago.

Comúnmente se acepta el año 814 a. de C. como fecha de la fundación de Cartago o «quart Hadasht», expresión fenicia que significa «la ciudad nueva». Algunos historiadores han puesto en duda esta fecha tan remota: los documentos arqueológicos hallados en el suelo cartaginés no parecen remontarse más allá del siglo VII antes de nuestra era, lo que está muy lejos de corroborar lo que afirman las fuentes literarias.

¿Se ha alcanzado verdaderamente la capa más antigua de la ciudad? Es difícil admitirlo. ¿Qué sorpresas nos reservan las excavaciones futuras? No lo sabemos. Quizá lleguemos a disponer de documentos todavía más antiguos que los encontrados en un pequeño edificio conocido con el nombre de «Capilla Cintas». Se trata de vasijas de arcilla relacionadas con el estilo subgeométrico de las islas Cícladas. Por tanto, no pueden datar de más allá del año 750 a. de J.C.

El arqueólogo debe ser paciente y escrupuloso. El historiador, sin creer en la infalibilidad de los datos transmitidos por la tradición sobre las épocas lejanas, tampoco debe adoptar una actitud de desconfianza sistemática frente a ellos. Con frecuencia la arqueología viene en apoyo de los textos.

¿No es posible por lo demás conciliar ambas tendencias? Los fenicios pudieron muy bien fundar en 814 un pequeño centro análogo a los que fueron instalando en las dos orillas del Mediterráneo, centro que permitiera a la flota descansar, reponer sus provisiones y comerciar eventualmente con los indígenas. Pero las minas de Tarsis parece que fueron el objetivo primordial.

En el siglo VIII, los marinos de Tiro se veían amenazados por un doble peligro. En efecto, es la época en que la colonización griega tiende a extenderse por el Mediterráneo occidental; en 750, colonos griegos fundan en la bahía de Nápoles Cumas, ciudad por la cual transitaba el mineral de cobre extraído en Etruria y en Campania. Diecisiete años más tarde tiene lugar el nacimiento de Siracusa.

Los fenicios tuvieron que apreciar en su justo valor este peligro griego. En efecto, las nuevas fundaciones amenazan con perturbar la navegación y disputar a los fenicios las rutas de los metales. Tiro tiene que hacer frente a tan peligrosa situación. Es preciso detener el avance griego.

Por otra parte, los mercaderes fenicios han de neutralizar el peligro asirio. La riqueza de las ciudades tirias suscitó muy pronto la codicia de los monarcas de Asur.

Pero dejemos hablar a Asurnasirpal II (883-856): «El tributo de los reyes que están en la costa del mar, a saber del país de los tirios, del país de los sidonios, del país de los gebelitas... y de la ciudad de Arvad que se encuentra en medio del mar, plata y oro, plomo, bronce, vasos de bronce, vestiduras de colores, túnicas de lino... Esto recibí como tributo suyo y ellos besaron mis pies».

La codicia de Asur era insaciable. Los fenicios vivían en la inquietud de ver todas sus riquezas confiscadas por aquellos soberanos poderosos y sin escrúpulos. Había que poner las riquezas en lugar seguro.

La creación de un centro en el Mediterráneo occidental permitiría seguramente frenar el avance griego y escapar al peligro asirio. Tales son los factores que pudieron determinar el desarrollo excepcional de la nueva ciudad a mediados del siglo VIII antes de nuestra era.

Sea como fuere, la fundación de Cartago es un hecho cierto y autentificado. Se trata ahora de ver lo que sabemos al respecto. En otras palabras, vamos a examinar las fuentes que nos informan sobre Cartago, su historia y su civilización.

VEAMOS ante todo las fuentes literarias. Griegos y romanos conocieron a Cartago y a los cartagineses. Chocaron con ellos en los campos de batalla, pero también los encontraron en los numerosos puertos de un Mar Mediterráneo que ha visto nacer y morir a tantas civilizaciones.

No podemos mencionar aquí —sería además fastidioso hacerlo— a todos los escritores antiguos que nos hablan de Cartago. Tenemos, por ejemplo, el famoso pasaje de Herodoto gracias al cual nos es posible seguir a los mercaderes cartagineses hasta el Africa negra.

«Los cartagineses —escribe el padre de la historia— desembarcan estas mercancías y las colocan en orden a la orilla del mar; después vuelven a sus naves y hacen humo para avisar a los indígenas. Estos se acercan en-

tonces al mar, ponen al lado de las mercancías el oro que ofrecen a cambio y se retiran. Los cartagineses descienden de nuevo y examinan lo que los otros han dejado. Si estiman que la cantidad de oro corresponde al valor de las mercancías, la toman y se van. Si no, regresan a sus naves y esperan. Al volver, los indígenas añaden más oro hasta que los cartagineses estén satisfechos. Nadie causa perjuicio a la otra parte: unos no tocan el oro antes de que la cantidad depositada les parezca en relación con sus mercancías, los otros no tocan las mercancías antes de que los cartagineses hayan tomado el oro.»

Polibio nos habla profusamente de Cartago. El vio a los soldados de Escipión destruir la ciudad de Elisa. Testigo ocular de la tercera guerra púnica, Polibio se interesó mucho por las relaciones romano-cartaginesas. Las dos ciudades reinas del Mediterráneo firmaron dos tratados, y Polibio nos ha transmitido la fecha y el contenido de ambos. Al mismo historiador debemos la conservación del Juramento de Aníbal.

Lo dicho muestra la importancia de Polibio para el establecimiento de los sucesos que constituyen la trama de la historia cartaginesa.

Conviene también mencionar a Diodoro de Sicilia, quien nos habla sobre todo de las guerras entre los griegos de Sicilia y los cartagineses por la dominación de la isla.

A Diodoro le debemos asimismo una página célebre sobre los sacrificios humanos, cuya práctica estaba muy extendida entre todos los cananeos. Sorprendidos ante la invasión de Agatocles (310 a. de J.C.) y sus victorias fulminantes, los cartagineses, escribe Diodoro de Sicilia (siglo I de nuestra era), «se apresuraron a rectificar estos errores y decretaron el sacrificio público de 200 niños escogidos entre los de las familias más ilustres. Algunos ciudadanos a quienes se hacía objeto de acusaciones ofrecieron voluntariamente sus propios hijos, que no eran menos de 300».

Entre los historiadores latinos, contentémonos con citar a Tito Livio, que dedicó muy bellas páginas a la segunda guerra púnica, en la cual brilló la personalidad excepcional de Aníbal; a Salustio, que habló de los fenicios y de los cartagineses en su «Guerra de Yugurta»; y a Justino, que nos ha transmitido la maravillosa aventura de la princesa tiria Elisa, a la que ya hemos aludido.

En resumen, disponemos, en torno a Cartago, de una abundante literatura grecorromana. Pero lo que estos autores antiguos se proponían no era narrar la historia de la ciudad nueva. En cierto modo se veían obligados a hablar de ella porque estaba íntimamente vinculada a los acontecimientos cuya relación deseaban hacer: a saber, las guerras que habían enfrentado a Siracusa y Roma con Cartago.

Las fuentes de la antigüedad clásica nos ofrecen el retrato de Cartago trazado por sus enemigos. De ahí que deba utilizarse con la máxima prudencia esa documentación. Comprendiendo mal ciertos aspectos de la civilización púnica, los narradores pueden darnos a veces una imagen falsa de ella.

El ideal sería escuchar el punto de vista de los propios cartagineses.

La biblioteca de Cartago, cuyo recuerdo nos han transmitido los autores antiguos, era célebre. Según un testimonio de Plinio el Viejo, fue confiada a los príncipes númidas. Hoy todo ha desaparecido.

Parece que algunos autores de la antigüedad consultaron fuentes púnicas. Salustio, Servio y Festo Avieno, por no citar otros, hacen alusión a los «liberi punici» y a los anales púnicos. Conviene señalar, no obstante, que los antiguos pudieron salvar algunas migajas de ciertos escritos púnicos muy famosos, como el tratado agronómico de Magón.

«Nuestro Senado —dice Plinio— le hizo un gran honor. Después de la toma de Cartago, dio las bibliotecas de esta ciudad a los príncipes africanos; pero, como única excepción, decidió que los veintiocho libros de Magón fueran traducidos al latín. Sin embargo, Catón había compuesto ya su tratado. La tarea fue confiada a personas versadas en la lengua púnica; el que se hizo cargo de la parte principal fue D. Silanus, personaje de noble estirpe».

Varrón y Columela nos han conservado algunos fragmentos de tan famoso tratado.

El clima norteafricano pudo desempeñar un papel importante en la desaparición de los escritos púnicos. La humedad de la región no es favorable para la conservación de los papiros.

PERO existe una fuente semítica que podría iluminar nuestro camino y ayudarnos a encontrar algunos elementos de la civilización púnica. Nos referimos a la Tora. Cartago es hija de Tiro; ahora bien, esta ciudad parece haber ejercido una profunda influencia sobre la historia y la civilización de los Beni Israel. El «Libro de los Reyes» nos ha conservado el recuerdo de Hiram, rey de Tiro, y de Salomón, hijo de David, rey de Israel. En el capítulo quinto del libro primero leemos:

«Hiram, rey de Tiro, envió sus servidores a Salomón, pues supo que le habían ungido rey como sucesor de su padre y siempre había amado a David. Salomón mandó decir a Hiram: Sabes que mi padre David no pudo edificar una casa al Eterno, a causa de las guerras en que se vio envuelto con sus enemigos, hasta que el Eterno los puso bajo las plantas de sus pies. Ahora el

SIGUE A LA VUELTA



DIOSES EN LOS DEDOS

Estos dos sellos de sortija de oro cincelado, que se conservan en las colecciones del Museo del Bardo de Túnez, demuestran el refinamiento de la orfebrería cartaginesa y el delicado gusto de sus adornos. Arriba, una divinidad de estilo egipcio, con el sistro en una mano y la flor de loto en la otra (siglo III a. de J.C.). Abajo, un Hermes cartaginés, que parece conservar sus complejos atributos griegos de dios del comercio y de la elocuencia. En numerosas estelas púnicas aparece el caduceo, símbolo de la paz y del comercio.



Fotos Luc Joubert © Archeologie Vivante, Paris

La decepción de Gustavo Flaubert

FENICIO s. XII-X a. de C.	PUNICO s. VIII-V a. de C.	GRIEGO	LATIN
K	K	A	A
9	9	B	B
1	1	Γ	G
4	4	Δ	D
3	3	E	E
Y	Y		V
L	L	Λ	L
4	4	M	M
4	4	N	N
O	O	O	O
7	7	Π	P
9	9	Φ	Q
9	9	P	R
W	W	Σ	S
+	+	T	T

Tomado de la obra «Les Phéniciens» de Jean Mazel (Robert Laffont, Paris)

LA REVOLUCIÓN DEL ALFABETO

Hace aproximadamente 33 siglos, los fenicios llevaron a cabo una de las revoluciones más decisivas de la civilización: la invención de un verdadero alfabeto de 22 signos. El cuadro de arriba muestra la manera como quince de esos signos alfabéticos fenicios fueron evolucionando en el curso de los siglos. La segunda columna es la de los signos alfabéticos púnicos (el púnico era el dialecto fenicio que se hablaba en Cartago), que sólo experimentaron ligeras modificaciones. Los cambios posteriores se representan en las columnas tercera (letras griegas) y cuarta (letras latinas).

Eterno, mi Dios, me ha dado reposo por todas partes y no tengo adversarios ni contrariedades. Guardo el propósito, por tanto, de edificar una casa al nombre del Eterno mi Dios... Ordena ahora que corten para mí cedros del Líbano», etc.

La Biblia contiene numerosos testimonios acerca de la civilización fenicia, lo que nos ayuda indudablemente a penetrar mejor en el mundo de Cartago.

De todas maneras, las fuentes literarias están muy lejos de satisfacer nuestra sed, de responder a todas las preguntas que nos hacemos en torno a Cartago. De ahí que nos veamos obligados a buscar en otro lugar un complemento de información. Ese complemento nos lo ofrecen las fuentes arqueológicas.

Al final de la tercera guerra púnica, el Senado romano decretó la destrucción de Cartago, operación de la que se encargó el ejército bajo la dirección de Escipión Emiliano en 146 a. de J.C. Es bien conocido el siniestro «Carthago delenda est» pronunciado por Catón. Después del saqueo y de la destrucción sistemática de la ciudad, los soldados romanos sembraron sal en su solar para aniquilar en él toda vitalidad, todo vestigio de vegetación.

Pero lo más grave, para nosotros, no fue la destrucción; mucho más fatal para la arqueología púnica fue la decisión romana de reconstruir los muros cartagineses. Ya en el siglo II a. de J.C., el Senado ratificó la « Lex Rubria» destinada a sentar las bases de una «colonia Junonia Carthago» que debía recibir a 6.000 colonos. Pero esta iniciativa no dio fruto. Un año más tarde, la «Lex Minucia» anuló las disposiciones de la ley precedente; una conjunción de factores desfavorables hizo abortar aquel proyecto.

Hay que esperar a César, o más exactamente a Augusto, para que se produzca la resurrección de Cartago: toda una ciudad romana se edificó sobre los restos de la vieja colonia tiria. Esta fue la verdadera catástrofe para la arqueología púnica. Lo que pudo escapar a la mano de los destructores cayó en manos de los constructores. Los encargados de allanar el terreno, los parceladores, los arquitectos, todos contribuyeron a barrer definitivamente los restos de la prestigiosa capital. Algunos materiales arrancados a los monumentos púnicos pudieron servir para elevar los primeros monumentos romanos, que a su vez iban a desaparecer (incendio en el siglo II; Cartago devastada).

He aquí, pues, el medio en el que han de operar los arqueólogos en busca de vestigios púnicos. En 1857, Flaubert aspiraba a descubrir los principales monumentos de la ciudad púnica: fortificaciones, palacios, templos, etc. ¡Cuál no fue su decepción! Otros arqueólogos se han sucedido en el solar de Cartago. Es verdad que han podido sacar a la luz muy bellos monumentos romanos. Pero ¿dónde está la Cartago púnica?

El 7 de abril de 1878, el padre Delattre descubrió las necrópolis de Cartago. Las tumbas contienen a menudo un rico ajuar funerario compuesto de cerámicas, joyas, amuletos, máscaras y otros muchos objetos. En algunos sepulcros aparecen incluso inscripciones.

No sin razón, los historiadores se han visto obligados a insistir en la insuficiencia de estos documentos. «Pero no hay que tener la pretensión —escribe Stéphane Gsell— de reconstituir su historia económica *(se refiere a la historia económica de Cartago)* únicamente con los objetos de cerámica esparcidos por el fondo de estas tumbas».

Sin embargo, debemos reconocer el valor de los objetos de cerámica aun cuando se reduzcan a simples cascos que «no se veían» en tiempos de Renan. «Y no obstante —escribe G. Contenau— estos humildes cascos arrojados entre los escombros nos permiten a menudo establecer las fechas precisas de los monumentos en los cuales aparecen» *(La civilisation phénicienne*, p. 11).

Volviendo al ajuar funerario, no hace falta decir que nos pone inmediatamente en contacto con creencias de ultratumba. Al lado del cadáver inhumado o incinerado, los cartagineses, como la mayor parte de los pueblos antiguos, colocaban vasijas, alcarrazas, fuentes, cuencos, lámparas. Ponían también joyas, pendientes, sortijas, broches. Las tumbas de mujeres contienen a menudo collares y espejos de bronce, por desgracia sin decorar.

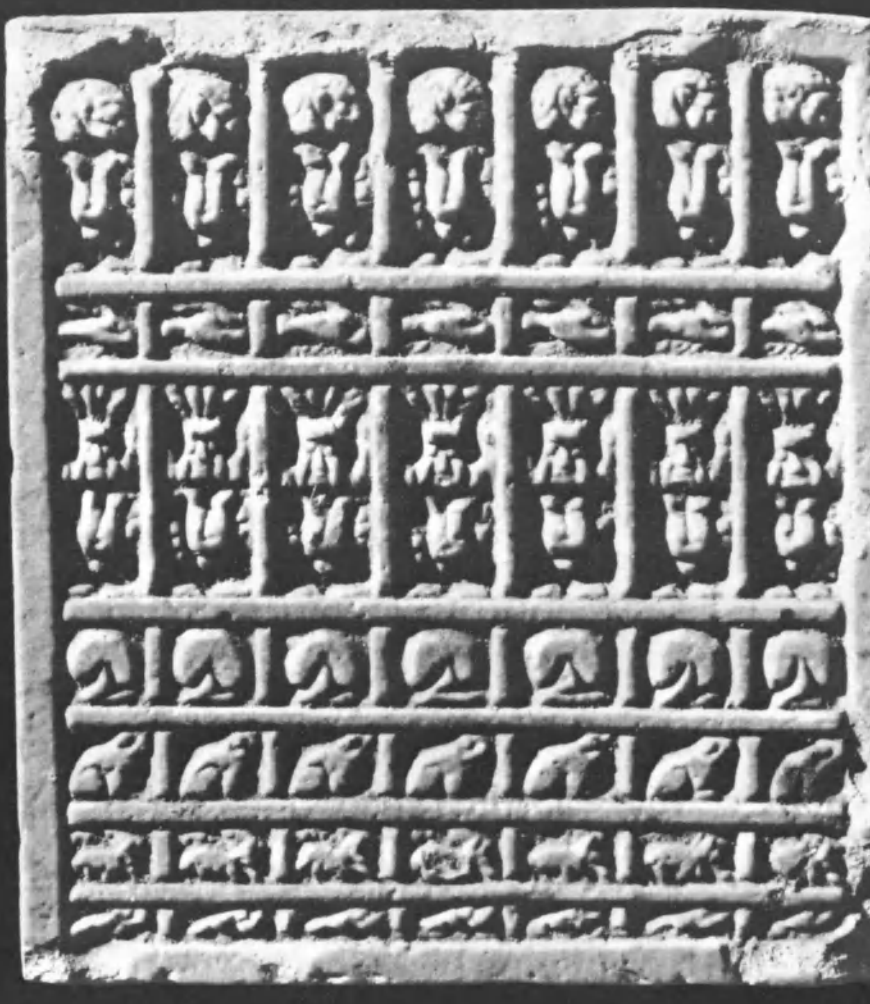
En materia de arquitectura, deben señalarse los restos de dos pequeñas capillas, una descubierta en Salambo y otra cerca de Amílcar. Aunque muy modestas, los vestigios de estas capillas, unidos al material abundante (estelas, urnas, etc.) obtenido en el «tophet», nos permiten introducirnos en el universo de los dioses cartagineses.

Peor conocida es la arquitectura doméstica. Refiriéndose a la capital del mundo púnico, algunos textos antiguos describen casas de varios pisos. Excavaciones relativamente recientes realizadas en la ladera de la colina de Byrsa y en la playa de Gammarth han permitido sacar a la luz restos de casas cartaginesas muy parecidas a las que hemos excavado en Kerkuan, la célebre ciudad púnica del Cabo Bon.

A la luz de estas fuentes literarias, arqueológicas y epigráficas, puede el historiador intentar reconstruir el pasado cartaginés. ■

SIETE POR SIETE

Tal es la estructura de esta tableta cartaginesa del siglo III o IV antes de J.C. encontrada en una tumba. La tableta, de unos 4 cm de lado, está hecha con una pasta silícea de color blanco recubierta de esmalte verde y se divide en 49 compartimientos. Cada hilera contiene siete veces el mismo motivo. Los motivos, de arriba abajo, son: Ptah (dios egipcio naturalizado en Cartago); peces; Bes (otro dios egipcio, adoptado también por los cartagineses); nenúfares; ranas; alces; cocodrilos. Son muchas las religiones que atribuían virtudes mágicas al número siete y a su múltiplo absoluto, considerados como símbolos de la armonía del universo. Igual que las máscaras, esta tableta, que es un ejemplar único, protegía probablemente al difunto. Actualmente se encuentra en el Museo de Cartago.



TANIT LA MISTERIOSA

Abajo, el santuario de Tanit (siglos IV y V a. de J.C.) en Salambo, Cartago. Tanit, la diosa cartaginesa por antonomasia, recibe a veces el nombre de Um, «la madre». Poco es lo que de ella sabemos. En todo caso, no existía en el panteón fenicio. Quizá era una divinidad africana que los cartagineses adoptaron o una divinidad extranjera importada. En la estela del fondo, a la izquierda, se distingue con claridad el llamado «signo de la botella»; este emblema es frecuente en el santuario de Tanit. (Véase también la página 40). Abajo a la derecha, una sirviente de Tanit, que lleva una cabeza de león y un vestido que imita a un pájaro desplumado (siglo I de nuestra era). La misma figura aparece en monedas romanas de la época, donde se la califica de «Genio de la tierra de Africa».

Foto Georges Viollon © Rapho, Paris





Fotos Luc Joubert © Archeologie Vivante, Paris

En esta impresionante foto aérea podemos ver la Medina, o vieja ciudad musulmana, de Túnez. El laberinto de callejuelas y de rincones llenos de vida constituye el corazón histórico de la ciudad de Túnez, con sus grandes monumentos religiosos, sus palacios y sus zocos.

Foto © André Martin, París



TUNEZ joya del Islam

por Georges Fradier



VEINTE siglos superpuestos, concentrados en apenas 92 km². Un lugar: Cartago. Una ciudad: Túnez.

Al escribir el nombre de Cartago, me parece que es conveniente suprimir todo lirismo y negarnos a las grandes evocaciones literarias, lo mismo si son de Virgilio que de Flaubert.

Aníbal llevado por los númidas, los galos, los elefantes y el genio; sus victorias «inmortales» y sin consecuencias. Y, después, Roma en Africa. Y el viejo Catón: hay que destruir Cartago.

La cual, en efecto, queda totalmente destruída el año 146 antes de Cristo.

Aparentemente, las maldiciones no suelen resistir mucho tiempo a los imperativos de la economía. Carthago, colonia romana fundada el año 44, no tardó un siglo en convertirse en una gran ciudad que comerciaba en aceite, vino y púrpura, importaba estatuas griegas, etc... 300.000 habitantes: un plan romano de urbanismo integramente geométrico, desde el acueducto hasta el foro, las *insulae* y las *villae* dotadas de circo, con teatro, odeón, templos y baños —esos famosos baños, las termas de Antonino, que eran las más lujosas del mundo exceptuando las de Roma.

Una ciudad de ensueño para los mercaderes italianos y sus émulos autóctonos, para sus oradores, sus obispos y sus generales. Más tarde, para los capitanes vándalos, que también iban provistos de sus oradores y de sus obispos; y, todavía más adelante, para los almirantes bizantinos. Cuando, todavía altanera e imbuída de su poder, fue conquistada definitivamente el año 698 por Hassan Ibn

SIGUE A LA VUELTA

GEORGES FRADIER, *miembro de la Secretaría de la Unesco desde 1947, es director del proyecto para la revalorización de la región Túnez-Cartago (Unesco y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). Anteriornente fue director de la División de Prensa de la Unesco y jefe de la misión de esta organización en el Malí. La Unesco publicó en 1963 su opúsculo* Ver y entender. Algunos aspectos de la apreciación mutua de los valores culturales del Oriente y del Occidente. *Es además autor de varias novelas y libros de ensayo.*

En la encrucijada de las caravanas nace una nueva ciudad

Noman, hacía ya mucho que Pompeya dormía olvidada.

Feliz Pompeya. Cartago no tuvo los honores de un volcán, la suerte de verse envuelta en un sudario para esperar el siglo de las luces y de los amantes de la antigüedad. Como Tréveris, Lyon y Nimes, como la misma Roma, Cartago terminó de cantera. Pero aquí los canteros mostraron más constancia que los de las ciudades europeas, puesto que ni Hassan ni sus sucesores soñaron en construir cosa alguna sobre los templos abandonados: los utilizaron para edificar en otros lugares, hasta en Kairuán.

¿Durante un año? ¿Durante diez? Durante trece siglos. Columnas y capiteles para las mezquitas, los palacios, los zocos, estatuas para los hornos de cal, sarcófagos para empedrar las calles. De todos modos, ciertos monumentos seguían en pie y servían a veces de refugio a ciertos enemigos. En 1270, después de la cruzada de San Luis, el sultán El Mostancit dió orden de destruirlo todo.

Y, pese a ello, quien recorre la costa apenas desfigurada, quien asciende por las colinas, quien serpentea entre las villas y sus jardines, encuentra aún hoy a Cartago porque todavía se levantan hacia el cielo algunas columnas, porque aún se entrevén en la hierba mármoles y mosaicos y, sobre todo, porque sus edificios abolidos, cuyos muros enterrados afloran por todas partes, parecen surgir, atravesar la arena y la grava para imponer su testimonio purificado y abstracto de un plan, de una razón. La colina de Byrsa, donde se levantaba el santuario-fortaleza, último refugio de los dioses púnicos y de sus defensores, no ha sido nunca explorada. Su solar desnudo, que sigue abierto a las excavaciones, abarca 371 hectáreas.

Sí, la desaparecida ciudad de Cartago puede volverse legible, inteligible, bella y temblorosa como una lengua resucitada... Para ello es preciso, ante todo, que quienes la aman y quienes están al cargo de ella tengan fuerza suficiente para luchar contra los constructores del turismo fácil, antes de que sea demasiado tarde, antes de que la presión demográfica e inmobiliaria lo haya recubierto todo con un caparazón de bonito enyesado. Para ello, necesitan instrumentos administrativos y jurídicos y necesitan recursos financieros. Si saben obtener los primeros, no les han de faltar los segundos.

Pero, además, hay Túnez. Parecerá extraño que en un mismo artículo, que habla de proteger y de salvar, se atreva nadie a agrupar una antigua ciudad asesinada y una capital floreciente, robusta, exuberante. Y sin embargo... Si la primera pereció en definitiva al dar nacimiento a la segunda, es la vida precisamente, un exceso de vida, lo que amenaza el corazón de Túnez. Sólo las ciudades abandonadas por la historia escapan a esta paradoja, porque entonces pueden convertirse en museos. En cambio, esta ciudad bulle de historia presente. Centro administrativo, industrial, comercial y turístico de un país de 5 millones de habitantes, no sólo se halla en pleno crecimiento, según la fórmula optimista que se aplica a los adolescentes con problemas, sino que, ostensiblemente, está también en plena crisis de crecimiento.

EN 1925, Túnez contaba con 186.000 habitantes; en 1966, con 470.000. Pero, desde hace ya varios años, los autores del plan general de urbanismo de la ciudad juzgan ilusorio limitarse a ésta, sin prever la evolución de los municipios que la rodean, de los barrios residenciales próximos al mar. En este «Gran Túnez» habitaban hace cuatro años más de 789.000 personas; para fines de siglo los urbanistas calculan que serán dos millones.

¿Son estas cifras suficientemente elocuentes? En modo alguno. En efecto, pese a su progresión que algunos pudieran juzgar monstruosa, nada dicen sobre aspectos esenciales, económicos y sociales, del crecimiento urbano. En cambio, un rápido bosquejo de la historia de la ciudad permite percibir estos aspectos, es decir, adivinar las limitaciones o las fatalidades, el peso de la herencia del pasado, los problemas de la miseria y el desarrollo, las amenazas de la rutina y el horizonte de unas opciones lúcidas.

Al pie de un montículo, sobre una estrecha faja de tierra, entre una marisma y un gran lago que le separaba del mar, se extendía un poblado tan viejo como la humanidad. Este mercado rural, esta encrucijada de caravanas, fue el lugar que eligieron Hassan y sus sucesores inmediatos para construir una ciudad y, ante todo, para edificar una mezquita, Ez-Zituna, la Mezquita del Olivo. A partir de este centro de oraciones comenzaron en seguida a erigirse, hacia el norte y el sur, hacia el este y el oeste, construcciones de piedra y ladrillo: calles comerciales, residencias de notables, albergues para visitantes, cisternas, pozos, almacenes, talleres, escuelas, tumbas, jardines.

Dos barriadas, rodeadas de murallas unidas al castillo que poco después se erigió y que dominaba la gran mezquita, acogían a hortelanos y caravanas. Otras mezquitas elevaron sus cúpulas, sus minaretes cuadrados y, más tarde, sus finas torres octogonales. Sin choques, casi sin interrupción, las espléndidas terrazas fueron surgiendo unas junto a otras, mirando hacia el mar o hacia las colinas sagradas y protegiendo los patios de sus mansiones secretas, inmensas, que perpetúan de siglo en siglo el plan introvertido de las casas romanas, revisado por el Egipto musulmán.

Descubrimiento tranquilizador: la historia de Túnez, más que una crónica de generales, de dictadores inspirados, de jeques, de deys y de beys, es un relato para los arquitectos: el lento crecimiento de una colmena, la multiplicación paciente de alveolos imbricados, simbióticos, como células de un organismo vivo.

Luchas partidistas, cercos, golpes de mano y cortes de los milagros podrían por supuesto entusiasmar a quienes gustan de los viejos dramas. Parece como si la auténtica historia de Túnez, de la Medina de Túnez, hubiera quedado al margen de estas imágenes abigarradas y banales, sabiamente confinada en las 308 hectáreas de barrios intramuros, durante mil cien años.

Sin duda, no han faltado totalmente los actos de violencia en esta capital de juristas y teólogos, de artesanos y mercaderes, tan aficionada a los placeres tranquilos. Conviene recordar por lo menos, hacia el año 1050, la invasión de los árabes Banu Hilal, nómadas que el califa de Egipto había lanzado sobre Ifriqya, terrible plaga de langosta, según el historiador Ben Chaldún; y tres siglos más tarde, la ocupación de los Merínidas, otras tribus nómadas venidas esta vez de Argelia; y los saqueos rutinarios de los soldados turcos de Kair Ed-Din Barbarroja, en 1534, y de los soldados

SIGUE EN LA PAG. 39

UN DEPORTE ARISTOCRATICO

Los temas de caza son muy frecuentes en los mosaicos cartagineses de la época romana. Su frecuencia se debe a la boga muy tardía de que gozó entre la aristocracia romana este deporte, que no se impuso hasta el siglo II por influencia del emperador Adriano, entusiasta de la caza de fieras. Arriba a la derecha, fragmento de una escena de caza en un mosaico de Cartago (siglo V). Abajo, una pila bautismal en mosaico del siglo VI, perfectamente intacta y decorada con escenas de caza a caballo. Dedicada a San Cipriano, uno de los Padres de la Iglesia Latina, que vivió en el siglo III, esta pila demuestra que la caza era ya habitual entre los cristianos de Cartago.

Museo Nacional del Bardo, Túnez Fotos © Luc Joubert, París




AEVINIVS ET PAVLIANAE IVSCVM
VIVCAT IN DEO



La Medina, once siglos de creación arquitectónica

españoles de Carlos V, en 1535. Ciertas intervenciones argelinas, ya a finales del siglo XVII y del XVIII, fueron menos graves y se olvidaron antes.

En total, escasas destrucciones, nada de disturbios vengativos, ni de demoliciones sacrílegas, ni de incendios fanáticos. Las guerras detuvieron periódicamente, pero durante poco tiempo, el crecimiento y el embellecimiento de la ciudad; tras esas pausas, albañiles, carpinteros, escultores, soleros y vidrieros reanudaban su labor infatigable.

Sus obras subsisten todavía, casi en su totalidad. En esta ciudad que sigue encerrada en sus muros impalpables (las murallas desaparecidas mantienen aun su fantasma en los bulevares), el menor paseo se convierte en peregrinación interminable por calles y callejuelas, por zocos y callejones sin salida, una peregrinación no sólo hacia los palacios u oratorios sino también a través del espíritu de sus constructores, que parecen tan próximos y siempre dispuestos a acoger al visitante.

Pero, si hoy se anunciara bruscamente que los constructores preparan los «bulldozers» para arrasar estas maravillas, pocos lectores se extrañarían. Sería demasiado fácil citar ciudades europeas, en otros tiempos ciudades artísticas, que empresarios analfabetos están hoy destruyendo a la vista de todos, sordos a los gritos impotentes de la «cultura», para erigir mediocres chicagos.

El hecho es que ciertos caballeros de Obras Públicas han propuesto ya abrirle el vientre a Túnez en nombre de los problemas de la circulación, que por otra parte esa cirujía no lograría resolver. El buen criterio de las autoridades locales lo ha impedido. Ciertas expresiones que hemos utilizado antes con toda intención permiten adivinar el verdadero peligro: «ciudad cerrada», «peregrinación», «visitante»... ¿Acaso la Medina de Túnez no es una ciudad como las otras? ¿Está reservada a los curiosos? ¿Qué ha ocurrido?

Hacia 1860 los cristianos, es decir, los mercaderes europeos, sus cónsules y su clero, cuyos «fonduks» se amontonaban desde hacía dos siglos en la parte baja de la ciudad, cerca de la Puerta del Mar llamada también Puerta de Francia, se salieron de intramuros e instalaron sus casitas y almacenes

SIGUE A LA VUELTA



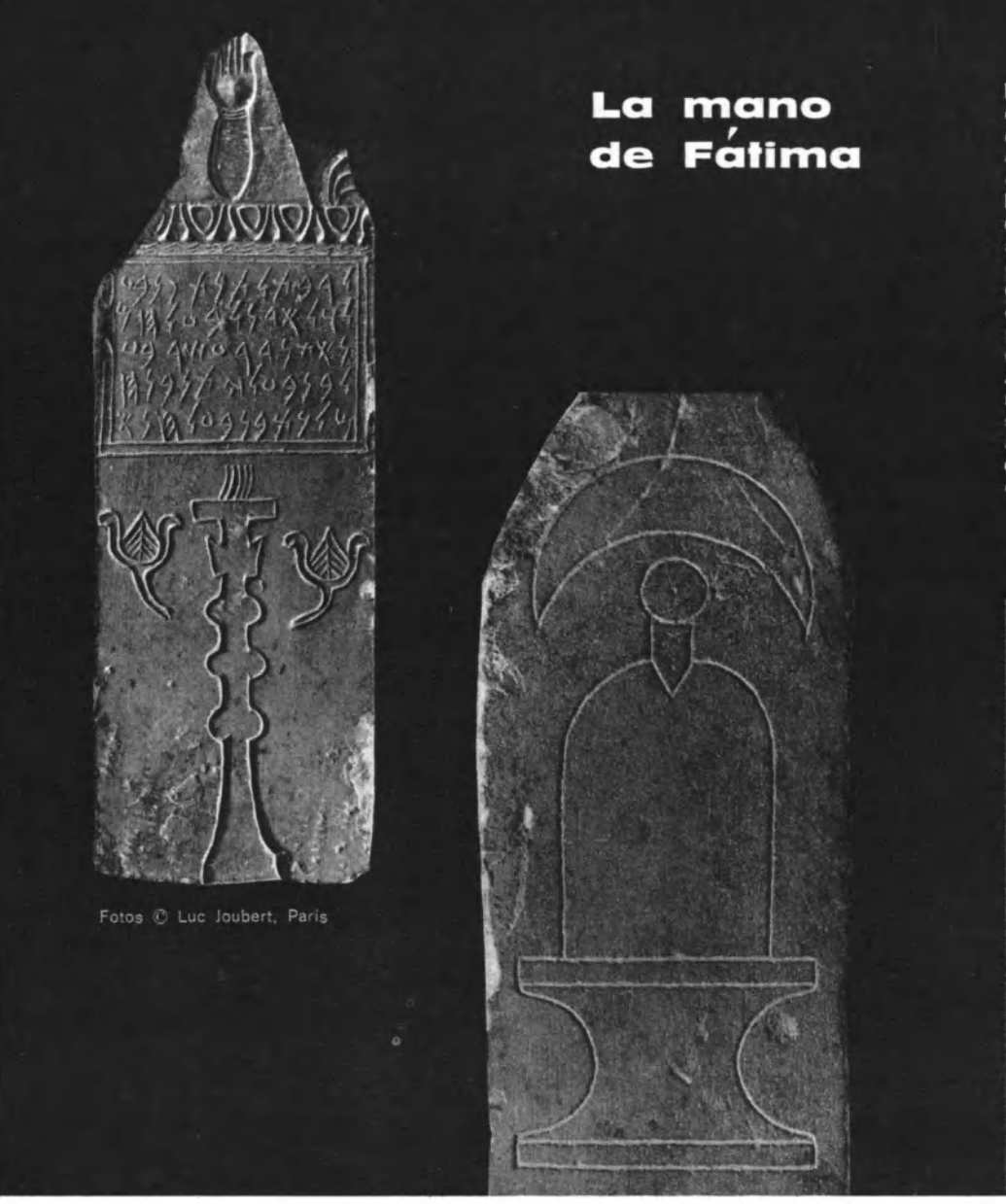
Foto © Roger Viollet, París

GEOMETRIA DE LAS FLORES

Los bellos ramilletes de flores encuadrados de negro, típicos de la mayólica tunecina, cubren los muros del palacio Dar Hussein de Túnez, construido a fines del siglo XIX. En el palacio se hallan instalados actualmente el Instituto Nacional de Arqueología y de Arte y el Museo Arabe-Islámico. El Túnez antiguo, que durante largo tiempo fue sólo una barriada de Cartago, se convirtió en capital tras la conquista árabe (siglo VII). En la ciudad vieja se ocultan innumerables tesoros artísticos y arquitectónicos. El arte de la mayólica, o loza de barro vidriado, nació en Babilonia y pasó a Persia. Más tarde fue adoptado por los árabes, quienes lo llevaron a Africa del Norte y a Occidente. El arte árabe-islámico ha venido utilizándolo hasta nuestro dias para cubrir los muros de ladrillo con la más delicada de las decoraciones.

Foto © Magnum - Inge Morath

A la derecha, en una calle de la Medina de Túnez, la puerta de una mansion señorial de la época feudal.



Fotos © Luc Joubert, París

La mano de Fátima

Los cartagineses representaban únicamente con dibujos abstractos a su diosa Tanit, que hacia mediados del siglo IV antes de Cristo terminó eclipsando al dios Baal en el panteón púnico. He aquí dos de los signos que dan fe de la presencia de la diosa en las estelas de los santuarios a ella dedicados: el signo de la mano abierta, con la palma hacia fuera (a la izquierda, en la parte superior de la foto) y el signo de la botella coronado por la media luna roja con las puntas hacia abajo (foto del centro). (Véase también la página 32). A la derecha, una fíbula o broche tunecino moderno cuyos dos elementos decorativos siguen siendo la media luna vuelta hacia abajo y la mano abierta; ésta constituye en el mundo musulmán un amuleto conocido con el nombre de «mano de Fátima».



Foto © André Martin, París

TÚNEZ, JOYA DEL ISLAM *(cont.)*

fuera de las murallas. Amable desorden, sin gravedad alguna, que anuncia sin embargo la gran mutación de Túnez y la destrucción, podría afirmarse en momentos de pesimismo, de sus once siglos de apacible historia.

Al instaurarse, veinte años más tarde, el protectorado ¿pretendía acaso ser destructor? Por el contrario, se afirmaba constructor. Y moderno. A partir de esos almacenes diseminados ante la Puerta, los colonizadores edificaron, sin demasiados gastos pero no sin orgullo, una ciudad «colonial», basándose en un plan que puede calificarse de imperial. Volviendo la espalda al viejo Túnez, que a partir de entonces ya sólo sería la Medina, trazan frente al lago sus avenidas rectilíneas, sus ángulos rectos, su dibujo geométrico en el que irán alineándose, año tras año, los edificios administrativos, los bancos, las residencias, los comercios, los inmuebles, los cafés y los hoteles, el teatro y los cines.

En 1970, todavía intacto el lago, las avenidas continúan prolongándose hacia el norte y hacia el sur, ha surgido un rascacielos, aparecen nuevos grupos de viviendas, algunas fábricas humean, un hotel Hilton se alza en medio de lujosas residencias. No faltan tampoco los tugurios recientes y lamentables, pero esto no disminuye en nada el encanto de Túnez, la ciudad «europea», la ciudad de hoy.

Pero de este modo, al desplazar el centro administrativo y comercial, al dar una nueva orientación al futuro, al modificar radicalmente las formas de vida urbana y «moderna», se termina, aún sin quererlo, por vaciar el corazón de una ciudad. La Medina resistió algún tiempo conservando su prestigio intelectual; y hoy, por supuesto, permanece como centro religioso. Pero la mayoría de sus ciudadanos pudientes, herederos de las grandes familias, han abandonado los palacios que animaban barrios enteros, los han alquilado a pobres inmigrantes del campo atraídos por el señuelo de la capital y en sus lejanos apartamientos «modernos» se despreocupan totalmente de la mugre de los tugurios instalados bajo los artesonados de sus abuelos.

Por fortuna, hay otros que sí se preocupan, otros que saben que la Medina de Túnez es una de las más nobles de Africa del Norte —es decir, una de las más bellas del mundo—, que en ella existen ejemplos de sorprendente continuidad arquitectónica, fruto inmaculado de mil cien años de creación. Esas personas saben, sobre todo, que con sus barriadas, y a pesar de la desidia de sus notables, a pesar de los ultrajes y de la indiferencia, la ciudad vieja conserva una vida sumamente original, una deliciosa mezcla de tradición y de adaptación al siglo.

Sabiéndolo, esos tunecinos que hoy asumen ya la responsabilidad de su ciudad se niegan a pasar por delicados defensores de las «viejas piedras», satisfechos con restaurar aquí y allá algunos monumentos para convertir a uno o dos barrios en museos, en conchas vacías. Ello supondría contentarse con poca cosa. Ven claramente que han de asumir el problema de la Medina en su conjunto, en sus relaciones con la capital entera: Túnez y sus suburbios.

Los peligros que acechan al patrimonio histórico y que le van minando



Foto Georges Viollon © Rapho, Paris

Un joyero tunecino en su trabajo. La artesanía constituye un rasgo importante de la vida tunecina. De 16.000 a 20.000 artesanos mantienen vivas unas tradiciones que han ido transmitiéndose de siglo en siglo.

desde el interior tienen causas económicas y sociales, causas humanas: aquellas precisamente que debería abordar un programa de urbanismo digno de tal nombre. Olvídense esas causas y mañana la Medina, tras sus austeras fachadas, no contendrá sino tugurios, ilustres escuelas envilecidas, mausoleos transformados en establos, mientras Cartago se cubrirá de autopistas, de chalets para funcionarios, de hoteles de lujo y de supermercados. Todo esto sería fácil; sería incluso, exactamente, la solución de facilidad.

Ahora bien, esa solución debe descartarse. Tales crímenes no tendrán lugar. En 1969, por iniciativa de dos organismos —la Asociación para la Protección de la Medina y el Instituto Nacional de Arqueología y de Arte— el gobierno tunecino inició un proyecto experimental *para revalorizar el patrimonio monumental de la región Túnez-Cartago con miras al desarrollo económico*, solicitando inmediatamente la ayuda a la Unesco en el marco del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Este proyecto, que se espera apruebe definitivamente el PNUD en enero de 1971, permitirá disponer de recursos en hombres y en material. Esos recursos serían irrisorios si se tratara, de golpe, de excavar todo el solar de Cartago y de presentar decentemente sus vestigios o de comprar en la Medina los palacios que peligran para restaurar sus estructuras, sus mármoles y sus estucos. En realidad, los objetivos inmediatos del proyecto son menos espectaculares, aunque no por ello más modestos. El equipo formado por los organismos antes citados y por los expertos internacionales tiene como primera tarea analizar los problemas de Túnez y de Cartago, tanto desde el punto de vista de la economía como de la arqueología, y formular concretamente las soluciones.

Bajo la dirección de una Comisión Interministerial, este equipo se ocupará en primer lugar de facilitar a las autoridades las bases científicas del plan que deben adoptar para asegurar a la región un crecimiento urbano armonioso y coherente. Con esta perspectiva, y sólo con ella, puede esperarse que la ayuda internacional acuda generosamente a contribuir a la protección de monumentos y lugares de interés histórico y a su revalorización.

Hace algunos meses podían leerse en un gran diario francés estas palabras de un eminente urbanista: «París corre peligro, un peligro inmenso e inminente de verse envuelto en un proceso de destrucción que aniquile lo que constituye su valor y su personalidad. Como no se ha tenido conciencia clara de ese proceso, nada se ha hecho hasta ahora para detenerlo.» Otros periódicos de Europa y de otras partes del mundo podrían igualmente deplorar la suerte de numerosas ciudades.

Sería hermoso que Túnez, capital de un país cuya renta per capita no rebasa los 100 dólares, diera ejemplo de razón y prudencia por haberse percatado a tiempo sus responsables del «proceso de destrucción» a que da lugar toda urbanización anárquica y por haber comprendido quienes se ocupan de su historia y de su arqueología que para salvar las piedras es preciso primero preocuparse de los hombres. ■

OCHO SIGLOS DE CIVILIZACION PUNICA *(viene de la pág. 20)*

demás naciones —salvo entre los galos, que practicaron los sacrificios humanos hasta que dejaron de ser independientes— se hacían más raros y desaparecían casi por completo. Por otro lado, para evitar la muerte de adultos se estableció la costumbre de sustituirlos por niños pequeños.

La realidad de estos holocaustos, que se practicaron hasta la caída de Cartago, aunque en los últimos tiempos los sacerdotes aceptaban a veces un cordero a cambio del niño, ha quedado fuera de toda duda con el descubrimiento de los «tophets», nombre que se da a los recintos sagrados donde se inhumaban las cenizas de las víctimas, acompañadas de un monumento de piedra que conmemoraba el sacrificio. Estos «tophets» existían en la propia Cartago, en el barrio de los puertos (llamado hoy Salammbo) y en todas las demás ciudades púnicas de Africa y de Cerdeña.

El periodo magonita, que se extiende de mediados del siglo VI a principios del IV, fue el de apogeo del culto de Ba'al Hammon. El «tophet» se llenó de monumentos que reproducían en miniatura algunos de los edificios, hoy desaparecidos, de la ciudad en esa época: pequeños templos de estilo egiptizante, capillas erigidas en lo alto de una elevada escalinata, precedidas de altares para perfumes... Los reyes daban ejemplo de devoción e incluso de fanatismo. Dos de ellos, Amílcar en 480 e Himilcón en 396, se inmolaron a sí mismos en sacrificio ritual para expiar derrotas.

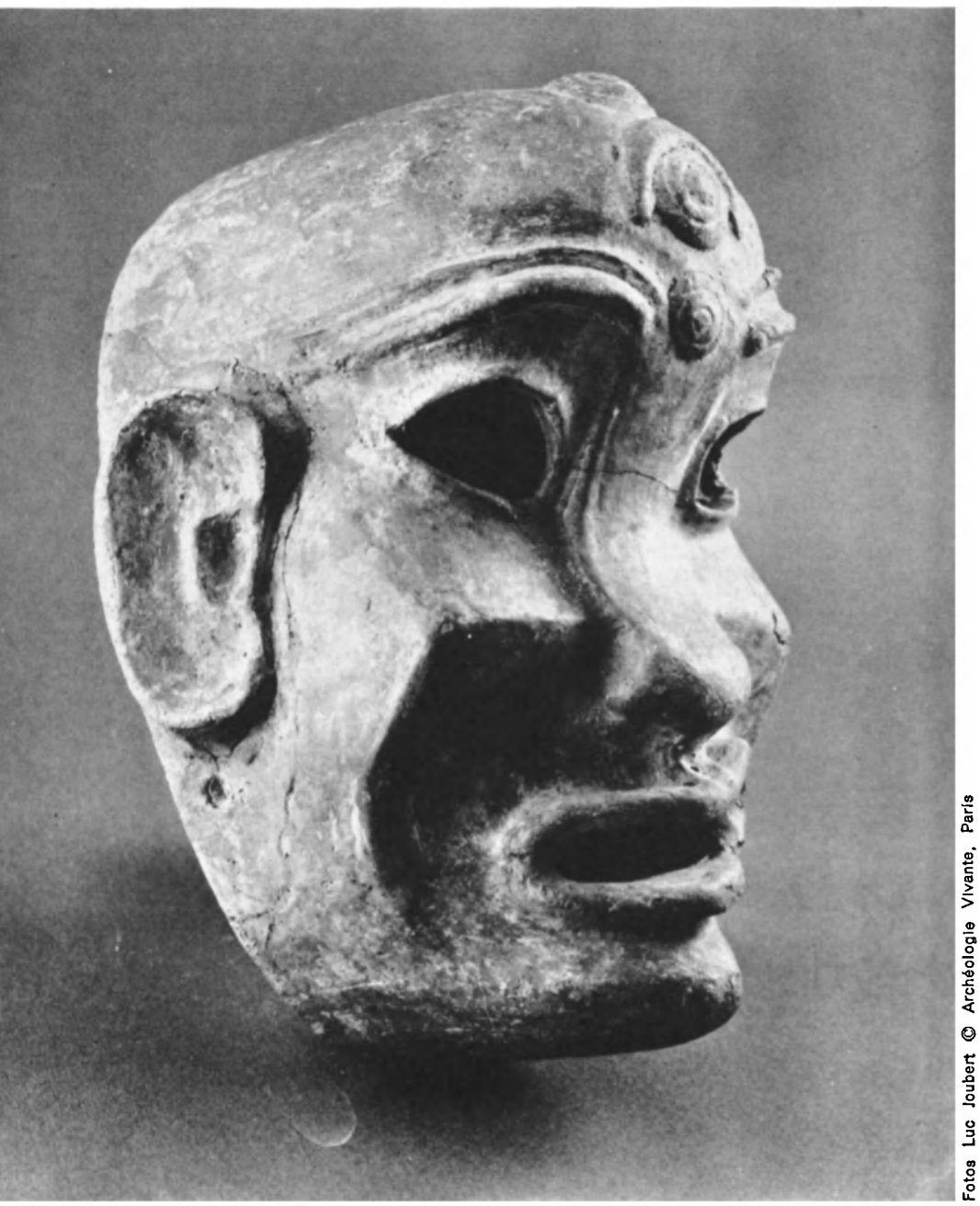
Algunos de esos príncipes, como Aníbal, que reinaba en 409, estaban animados de un odio racial y religioso contra los griegos. Pero estos hombres duros e intolerantes poseían una energía feroz y un patriotismo apasionado. Así hicieron de su patria la mayor potencia del Mediterráneo occidental, dueña de un imperio tan extenso y tan rico como el que Atenas creó en la misma época en el Egeo.

Empero, la fortuna no les fue siempre favorable. En una primera fase, entre 550 y 480, Cartago estableció su dominio en Cerdeña, destruyendo la civilización autóctona. Las ciudades fenicias de Sicilia y de España aceptaron su hegemonía. Una colonia púnica instalada en la ciudad etrusca de Caere (Cerveteri, a 60 km al norte de Roma) y en el puerto de Pirgos desempeñaba un papel destacado en la vida política local. Cuando Roma se liberó de los etruscos, en 509 a. de J.C., su primera preocupación fue concertar con Cartago un tratado de alianza.

Pero el helenismo mostraba, en Occidente como en Oriente, un dinamismo indomable. A principios del siglo V, los grandes reyes de Persia, Darío y Jerjes, decidieron aplastarlo. No es en modo alguno inverosímil que Amílcar, el magonita reinante en Cartago, uniera su esfuerzo al de aquellos. En todo caso, el resultado fue el mismo por ambos lados, siendo destrozadas las armadas persa y púnica, esta última en Himera (Sicilia), el mismo día de la batalla de Salamina según cierta tradición.

Cartago se repliega entonces sobre sí misma durante setenta años, pero es para reparar sus fuerzas transformando de nuevo las bases de su potencia. El rey Hannón el Grande conquista ante todo a los libios un territorio más vasto que el de ninguna otra ciudad mediterránea: la mitad nordeste del actual estado de Túnez, hasta una línea que va de Tabarca a Sfax. Apenas acabada esta empresa, emprende una serie de grandes expediciones marítimas para asegurarse el dominio de ese comercio con el Lejano Occidente que había dado origen a Cartago, pero cuyos agentes más eficaces habían sido hasta entonces los fenicios de España.

En 409, los sucesores de Hannón juzgaron llegado el momento de desquitarse de Himera. En efecto, mientras que Cartago recuperaba sus fuerzas, la guerra del Peloponeso desgarraba el helenismo. Sin embargo, tras una ofensiva fulminante y terrible, que ani-



Fotos Luc Joubert © Archéologie Vivante, París

Esta máscara de terracota tiene más de 2500 años. Como muchas otras del mismo tipo, descubiertas en viejas tumbas de Cartago, ésta presenta ciertas analogías con las máscaras rituales de Esparta, ciudad de la Grecia antigua: rictus demoniaco, arrugas y verrugas heredadas del Oriente asirio. (Véanse también las fotos de la página 24.)



Museo Nacional de Beirut Foto Jean Mazel y Pierre Louton © Archives Laffont, Paris

Estas estatuillas de terracota, tocadas de largos bonetes, representan a los antepasados de los cartagineses. Datan del siglo XII o XIII antes de la era cristiana y fueron descubiertas en un templo de Biblos, metrópoli de la antigua Fenicia fundada hace 6.000 años, a la que fue suplantando poco a poco Tiro, otra ciudad fenicia. Hacia el año 1200 antes de J.C., es decir, aproximadamente por la misma época en que el escultor de Biblos modelaba estas figuras estilizadas de sus contemporáneos, los navegantes de Tiro exploraban todo el Mediterráneo hasta la península ibérica y la costa de Africa del Norte.

quila a Selinonte y Agrigento, los ejércitos púnicos fracasan ante Siracusa. Sigue una lucha sangrienta y monótona, en la que ninguno de los dos bandos consigue una ventaja decisiva. El cansancio invade a Cartago, donde un partido cada vez más numeroso se opone a la guerra y a la dinastía que la conduce. Hacia 370 a. de J.C. este partido termina por arrebatar el poder a los últimos magonitas.

Se establece entonces, progresivamente y no sin tropiezos, el régimen aristocrático que imperará en Cartago hasta el final de la primera guerra contra Roma y que nos es conocido sobre todo gracias al análisis que de él hizo Aristóteles hacia el año 330. Lo esencial del poder está en manos de comités cuyos miembros pertenecen a la nobleza y, sobre todo, del terrible Tribunal de los Ciento Cuatro, que elimina despiadadamente a los individuos sospechosos de querer restablecer el poder personal, así como a los traidores y a los incapaces.

Los vínculos entre la realeza y la religión eran demasiado estrechos para que la revolución no fuera acompañada de una reforma religiosa. Desde principios del siglo V, vemos aparecer al lado de Ba'al Hammon a una diosa, hasta entonces oscura, que llegará a ser la Señora de Cartago y a desplazar incluso a su dios homólogo. Tanit es reina del cielo y, sobre todo, de la Luna; concede la fecundidad y protege el reposo de los muertos. Menos feroz que su homólogo el dios, puede ser comparada con la Hera griega, con la Juno latina.

De hecho, una de las razones de su ascensión es seguramente el deseo de numerosos cartagineses de acercar su religión a las practicadas en Sicilia y en la Italia meridional, donde las Diosas Madres desempeñaban un gran papel. Es más, en 396 habían sido introducidas oficialmente en Cartago Deméter y Core, diosas griegas del trigo.

Podemos hacernos una idea de la intensidad y de la complejidad de la actividad teológica en Cartago, durante el siglo IV antes de Cristo, gracias a la decoración de las estelas del «tophet». Los símbolos que con más frecuencia se repiten, como el «signo de Tanit», triángulo coronado por una barra y un círculo, expresan con una austeridad algebraica el poder de la divinidad.

Cartago alcanzó el apogeo de su prosperidad en torno al año 300 antes de Cristo. El helenismo declinaba en Sicilia y en Italia. En Oriente los sucesores de Alejandro, que había proyectado incorporar toda Africa a su imperio, vivían enzarzados en agotadoras disputas. Los cartagineses supieron establecer relaciones cordiales con el más próximo de estos diadocos, el Lágida que reinaba en Egipto y en la vieja Fenicia, ahora casi por completo helenizada. Sin renunciar a su lengua y a sus tradiciones, acogían espontáneamente y de buen grado las nuevas formas de pensamiento y de arte que nacían del desposorio de la cultura griega con las viejas civilizaciones del Nilo, de Siria y de Asia Menor, y las propagaban por Occidente.

Entre tanto, en la segunda mitad del siglo IV se había producido en Italia un fenómeno político extraordinario:

SIGUE A LA VUELTA

Una sucesión de acontecimientos catastróficos

en pocos decenios, una ciudad hasta entonces sin importancia, atrasada en su vida económica y cultural, había subyugado a la vez a los viejos pueblos civilizados de Etruria, de Campania y de la Magna Grecia y a las tribus semisalvajes de los Apeninos. El gobierno púnico no pensó que el súbito crecimiento de Roma representara un peligro, y sería difícil acusarle de imprevisión. En efecto, el nuevo estado agrícola y militar no tenía aparentemente ninguna razón para hostigar a la gran república mercantil y marítima, a la que, por lo demás, le unía una vieja tradición de amistad, sancionada por tratados.

Pero había en la confederación itálica asociados más evolucionados que la propia Roma, los cuales buscaban una compensación a la limitación de su independencia en los beneficios que su comercio y su industria podían obtener de la asociación con la más temible potencia militar de la época: nos referimos a los habitantes de Campania, cuya principal ciudad era Capua. Pertenecían éstos a la nación osca, emparentada con los latinos, algunas de cuyas tribus habían intentado infiltrarse en Sicilia desde principios del siglo IV.

Los campanienses habían conseguido el apoyo de algunas de las familias senatoriales romanas más aventureras, como la de los Claudios. Este partido romano-campaniense tomó la defensa de una banda de malhechores de Campania que se habían apoderado traidoramente de Mesina y a los que los griegos y los cartagineses intentaban de común acuerdo neutralizar. Así se planteó en el año 264, por obra de algunos intrigantes y por el juego de intereses más o menos turbios, un conflicto que iba a decidir del destino del Mediterráneo y a provocar la ruina de Cartago.

La que los romanos llamaron —y nosotros tras ellos— primera guerra púnica iba a demostrar que el régimen oligárquico cartaginés, bastante parecido a los regímenes parlamentarios del siglo XIX, era poco a propósito para sostener una lucha prolongada. Desde los primeros años, las legiones romanas demostraron fácilmente su superioridad sobre los mercenarios de Cartago conquistando casi toda Sicilia.

También muy pronto se mostró la flota romana capaz de enfrentarse con su rival, lo que parecería más sorprendente si no supiéramos que los latinos, aunque desprovistos de tradiciones marítimas, disponían de los astilleros y de las tripulaciones de las ciudades griegas de Italia. Pero la tentativa del campaniense Regulus de tomar posiciones en Africa terminó con un sonado desastre; las plazas fuertes púnicas resistieron en su mayor parte, incluso en Sicilia.

Lo que decidió en definitiva la derrota de Cartago en el año 241 a. de J.C., tras más de veinte años de lucha, fue el agotamiento de su economía, la timidez de su diplomacia y la impotencia de un mando paralizado por el terror que los Ciento Cuatro hacía pesar sobre los generales.

De todo ello era responsable la clase dirigente, que pagó caras sus culpas. Primeramente estuvo a punto de ser barrida por una revolución social a la que los mercenarios, desmovilizados pero insuficientemente pagados, arrastraron al proletariado rural, compuesto de campesinos libios despiadadamente explotados por los grandes propietarios. La República no se salvó sino gracias a Amílcar Barca, un joven general que se había destacado durante la guerra de Sicilia.

Pero éste no estaba dispuesto a restaurar un régimen al que con razón consideraba responsable de la derrota. Y, en efecto, instituyó un poder independiente en España, suficientemente lejos para no verse molestado, en los comienzos al menos, por la vigilancia del Senado romano. Cuando murió combatiendo (228 a. de J.C.), Amílcar dejó a su yerno Asdrúbal y a sus hijos un reino en el que la familia Bárcida era de hecho soberana, un tesoro alimentado por las minas inagotables de las montañas españolas y un ejército aguerrido y fiel a sus jefes.

ANIBAL, que debía heredar estos recursos menos de diez años después, tras la muerte violenta de su cuñado, perfeccionó aún más el plan paterno, cuyo objetivo real era desquitarse de la derrota frente a Roma. Muy bien informado de la política interior italiana, no ignoraba que los griegos y los campanienses, después de haberse beneficiado ampliamente de la victoria que les había permitido conquistar los mercados de todo el Mediterráneo occidental, empezaban a inquietarse por los progresos económicos del Lacio y por la avidez de los hombres de negocios romanos, y se habrían retirado de buena gana de la asociación si hubiesen podido hacerlo sin peligro.

Su defección privaría a Roma de su potencia naval y la reduciría a la impotencia fuera de la península. Para provocarla, bastaba con neutralizar a las legiones, cosa que Aníbal se proponía lograr utilizando el formidable potencial humano del mundo celta.

Todo se enlazaba así en este plan con la mayor lógica del mundo, incluida la aventurada expedición, a primera vista novelesca, que iba a llevar al joven Bárcida, a su ejército hispanoafricano y a sus elefantes a través de los Pirineos, del Ródano y de los Alpes (219 a. de J.C.). No podemos explicar aquí por qué la gran empresa fracasó, tras haber estado a punto de realizarse por completo en apenas tres años. Inmediatamente después de la batalla de Cannas, se abrían a Aníbal las puertas de Capua (216 a. de J.C.); pero la Confederación itálica seguía en pie, mientras que España, conquistada con rapidez, caía también rápidamente en manos de los Escipiones.

Tal vez la ayuda de los griegos habría permitido enderezar la situación si los reyes de Macedonia y de Siria hubieran tenido más clarividencia y decisión. Perdidas estas ocasiones, el resto era ineluctable: la reconquista paciente de Italia por Roma, el desembarco en Africa realizado con éxito por Escipión y Cartago obligada a aceptar las condiciones del vencedor tras la batalla de Zama (201 a. de J.C.).

Contrariamente a lo que suele imaginarse, esas condiciones eran relativamente moderadas. Escipión y la mayoría del Senado querían confinar a Cartago en Africa y subordinarla definitivamente a Roma, pero no destruirla. Fue solamente hacia el año 170 cuando Catón y su partido consiguieron imponer la idea de que el aniquilamiento del estado púnico era indispensable para la política romana.

Se han propuesto numerosas explicaciones de este cambio de actitud. En nuestra opinión, su causa fue la situación política interior de Cartago. Desde que Amílcar Barca entregó el poder al pueblo, la ciudad no había cesado de evolucionar hacia una democracia cada vez más avanzada.

Ahora bien, en esta fase de su historia Roma no podía tolerar en parte alguna un régimen popular capaz de resquebrajar el durísimo orden social que proporcionaba, directa o indirectamente, tan enormes beneficios a sus clases dirigentes. El Senado destruyó el mismo año (146 a. de J.C.) Corinto y Cartago, porque ambas se habían convertido en focos revolucionarios.

Así se nos aparece el destino, con frecuencia oscuro y a veces paradójico, de esta ciudad asiática instalada en las costas africanas. ¿Fue totalmente inútil el despliegue de tanta tenacidad, de tan extraordinarias facultades de adaptación? Sería fácil probar que Cartago, cuya lengua y cuya civilización no se extinguieron definitivamente sino en el siglo IV después de Cristo, desempeñó tras su desaparición un papel importante en ese Imperio romano que la había destruído.

Por otra parte, su herencia se transmitió también a los bereberes que habían sido sus alumnos tanto como sus súbditos y, a través de ellos, una parte ha llegado seguramente al actual estado tunecino, que afirma más que nunca su vocación de puente entre el Oriente musulmán y el Occidente cristiano. ■

JEAN PERRIN

ADELANTADO DE LA FISICA MODERNA

por Pierre Auger

EN los últimos años del siglo XIX y primeros decenios del XX, nuestro saber del mundo físico experimentó un avance extraordinario. Es la época en que se descubren la radioactividad, el electrón, los quanta, la relatividad, el núcleo atómico. Se abren así al conocimiento nuevos territorios de la ciencia que por sí solos podían constituir verdaderas disciplinas nuevas.

Se cumplen ahora precisamente cien años del nacimiento de Jean Perrin, científico francés que desempeñó un destacado papel en esa brillante evolución. En efecto, él fue quien demostró la naturaleza corpuscular de los rayos catódicos, caracterizándolos como portadores elementales de la carga eléctrica negativa, es decir, como esos electrones que hoy nos son tan útiles en todas las esferas de la industria y de las telecomunicaciones. El descubrimiento resultaba tanto más importante porque se debía a un joven de 25 años que acababa de terminar sus estudios universitarios y porque venía a poner término a un debate entablado desde hacía diez años entre los físicos más eminentes de la época.

Su descubrimiento de la índole corpuscular o granular de la electricidad llevó a Jean Perrin a emprender una operación aun más amplia, esta vez en relación con los átomos constitutivos de toda materia.

Hasta él, se había hablado de la hipótesis atómica y de la teoría cinética de los gases. Después de sus trabajos, nadie pudo ya dudar de la existencia real de los átomos, tan convincente era su demostración. Perrin partía de la idea, acorde con el pensamiento de Boltzmann, Maxwell y Vander Waals, de que toda partícula material independiente contenida en un fluido debe obedecer a las mismas leyes energéticas, lo mismo si esa partícula es un átomo que una molécula o un gránulo de emulsión.

Se trataba únicamente de un cambio de escala dimensional, pero las energías cinéticas debían ser las mismas y, por consiguiente, también las leyes del movimiento. Así ocurría, en particular, con ese movimiento browniano que podemos ya percibir si observamos con un simple microscopio de estudiante un grupo de esporas de hongo flotando en el agua. Un grandioso cambio de escala aplicado a un factor de sesenta millones llevaba a comparar la distribución de los granos de emulsión en una altura de una décima de milímetro con la de las moléculas del aire en seis kilómetros de altitud.

De este modo, las mediciones efectuadas con el microscopio permitían calcular el número de moléculas contenidas en un litro de aire. De hecho, fue el llamado número de Avogadro, el de las moléculas contenidas en una molécula-gramo (por ejemplo, 2 gramos de hidrógeno), lo que Jean Perrin midió directamente por primera vez.

El científico francés se interesó también por otros varios fenómenos del mundo atómico y molecular, mostrando, por ejemplo, la existencia de estratificaciones del espesor de una sola molécula en las delgadas láminas de una pompa de jabón y en las capas superficiales que se extienden sobre el agua. Son numerosos los trabajos que publicó sobre la fluorescencia, la electrización superficial y los coloides, dando siempre muestras de una poderosa imaginación y de un gran talento de experimentador.

A menudo sus ideas estaban muy adelantadas con respecto a su tiempo. Así, en 1901 presentaba Perrin el modelo planetario del átomo y en 1921 anunciaba el origen nuclear de la energía de las estrellas. Por otro lado, gracias a la influencia personal que sabía ejercer sobre quienes le rodeaban, logró despertar numerosas vocaciones de investigador.

Pero, por muy brillante que sea la labor científica de Jean Perrin —y le valió el Premio Nobel de Física en 1926—, no es su único título a la gratitud de quienes se interesan por el avance del saber. En efecto, gracias a su acción infatigable e inteligente, pudo crearse en Francia antes de la segunda guerra mundial el Centro Nacional de Investigaciones Científicas, que ha servido de modelo en otros países. Asimismo fundó Perrin el Palais de la Découverte de París, que constituye un poderoso medio de difusión de la ciencia entre el público. Movido por un espíritu profundamente democrático, Jean Perrin, que consideraba a la ciencia como obra común y, por tanto, como patrimonio general de todos los hombres, se esforzó toda su vida en poner esa ciencia al alcance de todos y en hacerla progresar para bien de la humanidad. ■

PIERRE AUGER, *físico francés autor de numerosos trabajos que han sido origen de notables descubrimientos, dirige el Comité Permanente encargado de crear, con ayuda de la Unesco, una Fundación Científica Internacional. Antiguo Director General de la Organización Europea de Investigaciones Espaciales (ESRO), de la que fue uno de los fundadores, y antiguo Presidente del Centro Internacional de Cálculo (Roma), el profesor Auger dirigió en la Unesco, de 1948 a 1959, el Departemento de Ciencias Exactas y Naturales. Es autor de una obra muy importante publicada por la Unesco,* Tendencias actuales de la investigación científica.

LATITUDES Y LONGITUDES

La Unesco rinde tributo a Maria Montessori

La Unesco conmemoró recientemente el centenario del nacimiento de Maria Montessori, la eminente educadora italiana. En la ceremonia, que se celebró en la Casa de la Unesco el 30 de octubre, el Sr. Atilio Dell'Oro Maini, Presidente de la Conferencia General de la Unesco, que en esos momentos se hallaba reunida, y otros varios oradores rindieron tributo a la obra de la gran educadora, cuyos métodos y materiales pedagógicos forman parte de muchos sistemas educativos modernos.

Ayuda de Alemania para Borobudur

La República Federal de Alemania va a contribuir con medio millón de dólares a la restauración del milenario templo budista de Borobudur, en Indonesia. Esta es la primera contribución voluntaria hecha al plan para la restauración y fomento turístico del lugar, plan establecido con la ayuda de la Unesco. El coste total se calcula en 5.500.000 dólares para las obras de restauración y de 2 a 3 millones de dólares para el fomento del lugar. Indonesia misma contribuirá con un millón de dólares.

Inventario histórico-artístico español

En España se ha iniciado, con los volúmenes correspondientes a las provincias de Valladolid, Madrid y Granada, la publicación del **Inventario del patrimonio histórico-artístico español.** La realización del Inventario fue establecida por ley de 13 de mayo de 1933, pero por diversas causas no había podido emprenderse hasta ahora. En sus tomos se recogen cuantos edificios y objetos de interés histórico, artístico, etnológico, arqueológico y sociológico existen en las ciudades y pueblos de España.

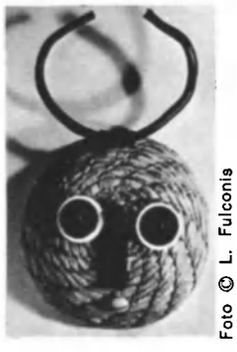


Foto © L. Fulconis

El arte africano visto por los jóvenes

Las fotografías publicadas en la página 27 de nuestro número de octubre de 1970, relativas a un experimento de colaboración entre varias escuelas de la región francesa de Provenza y el Museo Cantini de Marsella, son del Sr. Louis Fulconis, del Centro de Documentación Pedagógica de la capital focense.

Turismo en la región andina

Con los auspicios de la Unesco, se celebró el pasado mes de junio en la ciudad de Cartagena (Colombia) una reunión sobre el turismo en los países de la región andina. El programa aprobado abarca no sólo aspectos tales como la restauración de los monumentos o la protección de los sitios, sino también las necesidades en materia de infraestructura general, de comunicaciones, de hostelería y demás obras necesarias al turismo. La Unesco facilitará los especialistas y gestionará ante los organismos internacionales la obtención de fondos. La reunión recomendó a los gobiernos y entidades internacionales la realización de un catálogo de los monumentos y demás bienes culturales de la región andina.

Mil becas de la Unesco concedidas anualmente

Más de mil hombres y mujeres viajan anualmente al extranjero gracias al sistema de becas de la Unesco para mejorar el nivel pedaqógico de los profesores y maestros, ampliar los conocimientos especializados y fomentar la comprensión mutua entre las culturas. Las becas se aplican a materias tales como la educación, las ciencias exactas y naturales, las ciencias sociales, la cultura, las artes y la información. En 1970 casi una cuarta parte de los becarios han sido mujeres. Desde que este sistema de becas comenzó a aplicarse en 1948, se han concedido más de 12.000.

La ciencia y Europa

Dentro de su colección «Estudios y documentos científicos», la Unesco acaba de publicar la décimoséptima obra, titulada «Políticas científicas nacionales en Europa». Gracias a los trabajos de fondo, a los organigramas y a los cuadros estadísticos, puede el lector hacerse una idea de la situación actual y de las perspectivas de las instituciones, de los mecanismos operativos y de los recursos humanos y económicos de 26 países de Europa. La obra ha sido preparada gracias a una colaboración estrecha entre las autoridades competentes de los estados y la Unesco. Por ejemplo, el volumen analiza la estructura y la orientación de la política científica nacional en Francia, a partir de la creación del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, que ha servido de modelo en otros países. (Véase el artículo de Pierre Auger, en la pág. 45.) Se estudia también con detenimiento la cooperación científica y técnica entre los diversos países europeos. (Versiones en francés y en inglés. Unesco, 1970. Precio: 38 francos franceses.)

En comprimidos

■ *La Unesco ha enviado recientemente dos misiones a Camboya para controlar las operaciones de protección del patrimonio cultural del país.*

■ *Un informe del Ministerio de Sanidad y Bienestar del Japón señala que la mayoría de los japoneses que tienen más de 90 años de edad se muestran satisfechos y alegres y siguieron trabajando en su profesión u oficio hasta edad muy avanzada.*

■ *Los diez millones de dólares asignados al Programa Mundial de Alimentos para organizar planes de ayuda urgente en 1970 se agotaron en julio, fecha en que el Programa había facilitado esa ayuda urgente en 11 casos y prolongado cinco planes anteriores.*

■ *Del 30 de septiembre al 3 de octubre de 1970, se celebró en Bruselas un coloquio sobre el derecho a la vida privada, al que asistieron unos 400 especialistas de 20 países europeos, así como juristas africanos, americanos y asiáticos.*

■ *En 1971 se publicará, con los auspicios de la Unesco, un «Léxico mundial de los términos utilizados para designar los diplomas universitarios», en cuya preparación trabajan numerosos equipos de diferentes regiones del mundo.*

LIBROS RECIBIDOS

■ **Asia. Anuario de estudios orientales, No 2**
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
México, 1970

■ **Crítica cinematográfica**
por Xavier de Villaurrutia
UNAM, México, 1970

■ **Autos sacramentales**
por Sor Juana Inés de la Cruz
UNAM, México, 1970

■ **Introducción a la estadística descriptiva**
por Octavio A. Rascón
UNAM, México, 1970

■ **Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales**
por Pablo González Casanova
Segunda edición
UNAM, México, 1970

■ **Estudio de la historia**
por Arnold J. Toynbee
Tres volúmenes
Alianza Editorial, Madrid, 1970

■ **Obra poética (Antología)**
por Jorge Guillén
Alianza Editorial, Madrid, 1970

■ **El hombre sin alternativa**
por Leszek Kolakowski
Alianza Editorial, Madrid, 1970

■ **Aspectos del vivir hispánico**
por Américo Castro
Alianza Editorial, Madrid, 1970

■ **La literatura alemana desde Thomas Mann**
por Hans Mayer
Alianza Editorial, Madrid, 1970

■ **Nuevas direcciones de la crítica literaria**
por Guillermo de Torre
Alianza Editorial, Madrid, 1970

■ **Introducción a la antropología social**
por Lucy Mair
Alianza Editorial, Madrid, 1970

Imp. GEORGES LANG, PARIS. IMPRIMÉ EN FRANCE. — Dépôt légal. 4e trimestre 1970 - C 1

INDICE DE "EL CORREO DE LA UNESCO" DE 1970

Enero

LA CRISIS DE LA ENSEÑANZA (P. Lengrand). 1970, Año Internacional de la Educación (L. Fernig). Educar...¿pero a quién? ¿y cómo? (P. Rondière). La enseñanza, pariente pobre (H. Brabyn). El precio de la carrera de armamentos. Una educación integrada (R. Habachi). ¿Hay demasiados maestros? (J. Chesswas). En las escuelas soviéticas (Joseph Nejamkin). Tesoros de arte: De la letra al espíritu (Irak).

Febrero

NUEVA ESTRATEGIA PARA UN DESARROLLO GLOBAL (Lester B. Pearson). Consecuencias trágicas. Treinta puntos de acción. Caleidoscopio del tercer mundo. La explosión demográfica. La espiral del desempleo. La revolución verde. 1970, Año Internacional de la Educación (R. Maheu). Tesoros de arte: Un animal neolítico de Chipre.

Marzo

LOS FRUTOS DEL ESPACIO (G. Gregory). ¿Para qué sirve ir a la Luna? Los satélites al servicio del hombre. Millares de inventos. Aplicaciones en medicina y biología. Materiales revolucionarios. Nuevas fuentes de energía. Minielectrónica. Una nueva visión de la industria. Los cimientos de la primera sociedad planetaria (A.C. Clarke). Tesoros de arte: Las gafas de la edad de piedra (Japón).

Abril

PAESTUM. Descubrimiento de pinturas murales griegas (M. Conil Lacoste). El Cairo milenario (Abdel-Rahman Zaky). La Universidad de Al-Azhar. Los museos del Cairo. San Agustín, una cultura preincaica en Colombia (F. Sanz). Lepenski Vir, la aldea más antigua de Europa (J. Vidal). Los profanos y la ciencia. Tesoros de arte: Humor picante a base de cebollas (Paquistán).

Mayo

CONTRA EL CANCER (J. Higginson). Lo que cuestan los cigarrillos (Sir G. Godber). El tabaco en el banquillo de los acusados (R.M. Taylor). En el laberinto de la célula (N. Odartchenko). Como proliferan las células cancerosas. El cáncer es curable (E.C. Easson). Geografía y cáncer (N. Willard). Contaminación del aire y cáncer (R.E. Waller). Tesoros de arte: Los colosos de Polonnaruwa (Ceilán).

Junio

EL HOMBRE EN BUSCA DE AGUA. Un problema planetario (R.L. Nace). Proyecto hidrológico de El Pantanal (N. Velloso Cordeiro). Cultura norteamericana (Ch. C. Mark). El águila, nave espacial de la era precientífica (J. Patrocinio de Souza). Las crisis de la universidad (J.A. Perkins). Escultura moderna en la Unesco. Tesoros de arte: Adorno celta (Rep. Fed. de Alemania).

Julio

LENIN (1870-1970). ARTE DE JAVA. Lenin y la educación, la ciencia y la cultura (M.-P. Herzog). Lenin y el desarrollo de la ciencia (M. Keldych). Lenin y la educación (Vsevolod Stoletov). Lenin y los derechos culturales de las minorías nacionales (L.A. Posti). Arte de Java (H. Daifuku). La historia de los continentes (D. Behrman). Tesoros de arte: Mujeres de Palmira (Siria).

Agosto-septiembre

EL HOMBRE ¿ANIMAL AGRESIVO POR ESENCIA? El hombre y su agresividad (D. Behrman). Los peligros del exceso de población (P. Leyhausen). El hombre no es homicida por instinto (S. Carrighar). El hombre contra la naturaleza (U Thant). Las jaulas de hormigón proliferan (R.J. Benthem). Contaminación industrial en Europa (R. Passino). La ballena amenazada (H. Brabyn). La Torre de Babel (F. Ragette). Tesoros de arte: La mujer de dos cabezas (Hawai).

Octubre

LA ENCRUCIJADA DEL DESARROLLO. Grave balance del último decenio; tareas que realizar (M.S. Adiseshlah). Escuelas de los refugiados palestinos. El tesoro de un rey escita (A. Kirpichnikov). Museos para nuestra época (D.F. Cameron). El primer Colegio del Mundo Unido (T. Sylte). Tesoros de arte: Un «rostro» de la edad de hierro (Irlanda).

Noviembre

100 CONFLICTOS ARMADOS DESDE LA ULTIMA GUERRA MUNDIAL. La carrera de armamentos (Ph. Noel-Baker). Hongos nucleares. El infortunio de «El Dragón Afortunado». Armamento de los países pobres. Armas químicas y biológicas. Ciencia de la supervivencia (B.V.A. Röling). Alfabetización en América Latina (M. Soler Roca). 10º aniversario de la Declaración de las Naciones Unidas sobre la independencia de los pueblos coloniales. Tarjetas del UNICEF. Tesoros de arte: Madre ancestral de los negros brasileños (Brasil).

Diciembre

NO HAY QUE DESTRUIR CARTAGO. Salvar a Túnez y a Cartago (El Kafi). Grandeza y decadencia de una ciudad (H. Slim). Ocho siglos de civilización púnica (G.-C. Picard). Testimonios grecorromanos (M. Fantar). Proyecto Túnez-Cartago de la Unesco (G. Fradier). Jean Perrin (P. Auger). Tesoros de arte: Fresco de Tun-huang (China).

Para renovar su suscripción

y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de las direcciones de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS NEERLANDESAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V.Willemstad, Curaçao, N.A. (Fl. 5,25). — **ARGENTINA.** Editorial Sudamericana, S.A., Humberto I No. 545, Buenos Aires. — **ALEMANIA.** Todas las publicaciones: Verlag Dokumentation Postfach 148, Jaiserstrasse 13, 8023 Munchen-Pullach. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160,Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P.276650 (DM 12). — **BOLIVIA.** Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — **BRASIL,** Livraria de la Fundaçao Getulio Vargas. Servibo de Publicaçóes, Caixa postal 21120, Praia de Botafoqo, 188, Rio de Janeiro, GB. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Apartado aéreo 4956, Bogotá; Distrilibros Ltda., Pío Alfonso García, Carrera 4a 36-119, Cartagena; J. Germán Rodríguez N. Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca. — **COSTA RICA.** Todas las publicaciones: Librería Trejos S.A., Apartado 1313, Teléf. 2285 y 3200, San José. Para «El Correo»: Carlos Valerín Sáenz & Co. Ltda., «El Palacio de las Revistas», Aptdo. 1924, San José. — **CUBA.** Distribuidora Nacional de Publicaciones. Neptuno 674, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S.A., Casilla 10 220, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a, Calle Oriente No. 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Todas las publicaciones: Ediciones Iberoamericanas, S.A., Calle de Oñate, 15, Madrid 20; Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli, 4, Madrid 14; Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egipcíacas, 15, Barcelona. Para «El Correo» solamente: Ediciones Liber, Apartado 17, Ondárroa (Vizcaya) (180 ptas). — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA,** Unesco Publications Center, P. O. Box 433, Nueva York N.Y. 10016 (US $5.00). — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 928 Rizal Avenue, P. O. Box 632 Manila. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, Place de Fontenoy, París, 7e, C.C.P. París 12.598-48 (12 F). — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco. 6a Calle 9.27 Zona 1, Guatemala. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O. Box 366; 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie « Aux belles images », 281, avenue Mohammed-V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente; Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (CCP 324-45). — **MÉXICO.** Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D.F. ($ 30). — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — **NICARAGUA.** Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar, Apartado N° 807, Managua. — **PARAGUAY,** Melchor García, Eligio Ayala, 1650, Asunción. — **PERU.** Distribuidora Inca S. A. Emilio Althaus 470, Lince, Apartado 3115, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Lda., Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa. — **PUERTO RICO.** Spanish-English Publications, Calle Eleanor Roosevelt 115, Apartado 1912, Hato Rey. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres, S.E.I. (20/-). — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de Correos 656, Santo Domingo. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya S.A./ Librería Losada, Maldonado 1092, Colonia 1340, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería Historia, Monjas a Padre Sierra Edificio Oeste 2, N° 6 (Frente al Capitolio), Apartado de correos 7320, Caracas.

TESOROS ARTISTICOS DE TUNEZ

En la vieja Medina de Túnez, fruto de once siglos de creación arquitectónica musulmana, abundan los tesoros artísticos. Para protegerlos y realzar su valor, la Unesco y el gobierno tunecino han emprendido un programa del que dan noticia los artículos de las páginas 4 y 35. Este es el minarete de la mezquita de Yussef Dey (siglo XVII).

Foto Jacques Pérez, A.S.M., Túnez

